Narrativa

DIVAGACIONES

Arnaldo Jiménez

COLECCIÓN COLUMNAS
Ciudad Valencia | VOL. 3

COMPLEJO EDITORIAL
BATALLA DE CARABOBO S.A.
G-20011660-9

www.ciudadvalencia.com.ve

Arnaldo Jiménez

DIVAGACIONES

DIVAGACIONES

Arnaldo Jiménez

Colección Columnas Ciudad Valencia

Primera Edición: 2026

Complejo Editorial Batalla de Carabobo, S. A.

Av. Uslar, entre Av. Lara y Av. Michelena, San Blas, Valencia, Edo. Carabobo

G-20011660-9

DIRECTORIO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez, presidenta (e) de la República Bolivariana de Venezuela

Miguel Ángel Pérez Pirela, ministro del Poder Popular para la Comunicación e Información

Luis Salvador Feo La Cruz, presidente del Complejo Editorial Batalla de Carabobo (Cebac)

Diseño de portada y diagramación: Joan Planas Gazui

Edición y revisión: Ramón Enrique Núñez Flautes

ISBN Colección Columnas Nº: 9789808168006

ISBN Nº: 9789808168037





República Bolivariana de Venezuela

Prólogo

Entrando en el salón de Arnaldo Jiménez

Inicio con una anécdota que me persigue. Entre 2003 y 2004 intenté inscribirme en un taller de poesía con Arnaldo Jiménez en el Ateneo de Puerto Cabello. Me dijeron que era la primera, luego la segunda, pero en realidad fui la única. No sé si el taller se dio, pero esa ausencia se volvió marca: la certeza de un maestro al que no alcanzaba y la sospecha de que la poesía, en mi ciudad, podía ser un espacio vacío.

El primer libro de Arnaldo que tuve fue Cáliz de Intemperie. Veía anuncios de encuentros donde él participaba, pero la distancia no eran solo kilómetros. En 2024 quise asistir a uno, pero tampoco fue posible. Descubrí entonces que la única manera de entrar en su aula era a través de la columna Divagaciones, publicada en ciudadvalencia.com.ve. Esa columna se convirtió en mi aula abierta, aunque también en recordatorio de lo que significa aprender desde la distancia: sin diálogo, sin réplica, solo con la palabra escrita.

Divagaciones no es solo un artículo: es pensamiento que enlaza lo cotidiano con lo universal, la calle con la literatura, la memoria con la crítica. Allí Arnaldo despliega su mirada lúcida, sus obsesiones, ironías y contradicciones. Para quienes no hemos estado en sus talleres, esas páginas son un aula viva, aunque distinta: un aula donde el maestro habla y el

alumno escucha, sin interrumpir ni discutir. Un espacio de obsesiones que va desde el secreto íntimo hasta manuales de supervivencia para niños y jóvenes. Es un puente entre lo íntimo y lo colectivo. Es un testimonio de la fragilidad y del goce humano.

Leer Divagaciones es aceptar la invitación: entrar en el salón de Arnaldo Jiménez y dejarse sacudir por su palabra. Yo entro y salgo, crío, cuido, cocino, me pierdo y regreso. Allí está la clase y el maestro hablando; mientras yo, del otro lado con el papel, aprendo a elogiar mi cotidianidad sin soltar la paleta.

Marhisela Ron León

AUTORRETRATO CIRCUNSTANCIAL DE LUGAR

I

Un espejo dejado por la lluvia donde se reflejan los rostros de mis muertos queridos. Mi alma es un cementerio lleno de piedras que descienden con la velocidad que tienen los deseos inalcanzables. Vean este corredor donde el adiós no puede ser roto. Allí se abren escenas de viejas salas en las que creí ser eterno; allí una irrevocable culpa gira y gira con su puñal enlutado. Por dentro tengo un vacío que acaba con los delirios, un duende que aprendió a ocultar los pesimismos, un porvenir leve como un ángel hueco.

II

Yo he querido calzar en el abismo desde donde percibo el mundo, un lugar que me complete; un pequeño espacio hacia donde me continúe y me haga creer que mi cuerpo es algo más. En La Guaira no tuve tiempo de buscarlo, solo pensaba en besar a chicas jugando el escondido o la botellita; había un monte y un buen amigo de infancia me ayudó a convertir una mata de cují en una cueva; ahora que lo pienso bien, ese era un lugar "con corazón", como dice Castañeda. Nosotros lo limpiamos con viejos machetes caseros, nos llevábamos cuchillos para cortar los palos, construimos unos bancos que temblaban al sentarnos. Era algo tan hechizante cuando cada día nos gritábamos por los patios que colindaban: amigo, vamos para la

cueva. Ese monte era un universo, había un olor, una temperatura; había un sonido de alegría. Juan y yo llevábamos a unas amigas para la cueva, ellas se sorprendían al ver la tierra limpia, los bancos… En la cueva desayunábamos y caminábamos alrededor como si ese monte fuese infinito, y en alguna pausa, las besábamos con toda el alma. Como dice Serrat en Mi niñez: "Creo que entonces yo era feliz". Pero no se trata de esto último, no, yo he renunciado a esa palabra desde hace mucho tiempo, no me preocupa. Se trata de la forma que mi cuerpo tenía en ese lugar, cómo era pájaro y sucio de mata, cómo era lagartijo y compañía de lluvia y ternura de mujer amada. Pero esa fue una circunstancia, el cuerpo, el pensamiento, el alma, pronto vuelven a sus volúmenes anteriores, se desinflaman y todo rastro de gravedad hacia la tierra, todo gesto de lugar que estaba esculpiendo el rostro, se pierde; entonces uno solo es el nombre.

III

Es preciso que me hagas preguntas, que camines conmigo bajo la lluvia, que te sumerjas en el mar y ahoguemos juntos lo que de tristeza hay demás en nuestros pechos. Es que mi corazón es una tinaja y puede desaparecer en un acto de magia del tiempo. No hay rasgos de fantasma, pero sí una distancia aferrada a mis ojos que me hace palidecer como una carretera que curva hacia el olvido. Y todo esto que digo no soy yo, porque me faltan instantes de alegrías y muchas costras que se han vuelto sordas a mis llamados;

por eso lo único que sé que puedo ser es un desprendimiento de tierra que da tumbos entre abismos y planicies.

IV

En Puerto Cabello mi niñez transcurrió muy cerca de Playa Blanca. Mentiría si digo que ya tenía conciencia de lo que es un lugar; pero es que muchas veces el afecto por ese espacio inmediato de vida es tan espontáneo, tan enmarcado dentro de los cauces de lo cotidiano que uno no se percata de la importancia de ese "amor"; sin embargo, qué bueno es comprenderlo ya siendo un adulto. En Playa Blanca se han realizado actos de magia que agradezco profundamente: he caminado con amores sus arenas, nos hemos abrazado y firmado con mar compromisos de piel que aún pulsan en mí; allí me bañé con mi hermana; allí vi a mi tío Enrique nadar hasta un barco que estaba atracado en la lejanía, algo que para mí fue mucho más impactante que los poderes de cualquier superhéroe; en esa playa disuadí mi tristeza cuando murió mi madre; a esa playa arrojé un poemario completo que le había ofrecido si ganaba un concurso; en esa playa desalojé de mi torrente sanguíneo las células de mi padre; frente a esa playa convencí a un niño de que si pedía —repetida veces— con toda su alma que el mar lo tocara, seguro le haría caso. Estábamos sentados en unas piedras y algo retirado estaba el mar, el niño cerró los ojos y estiró el brazo con la palma hacia las olas, decía con una insólita concentración: quiero que el mar me toque, quiero que el mar me toque, quiero que el mar me toque… de repente una ola como

una mano de agua salió y tocó al niño; sus ojos despavoridos, su asombro y su alegría son inolvidables. ¿Cómo puede irse uno de un sitio cuando se lleva por dentro? ¿Puede uno dejar un país cuando hay un lugar que es parte de tu cuerpo? Pero, como dije antes, esas pautas de relación entre mi ser y un lugar son circunstanciales. Casi todo va quedando a nivel de un anhelo, de una esperanza, de unas ganas de saberse otra cosa; y lo cierto es que, esa relación, como cualquier otra, hay que mantenerla, cultivarla, hay que limpiar esa playa, sumergirse en ella, vivirla…

V

Y esta piel es una alucinación de otros, está hecha con alientos ajenos, humanos, ganados a fuerza de batallas y pérdidas. En un tiempo fue transparente, cuando aún no sabía que vivir es oscurecer; se podía ver la dulzura de los hechizos familiares, el acceso a la complicidad de los amigos; por mis venas no circulaba ninguna intemperie, ni siquiera sabía que hay sentencias inevitables en el evangelio de la cotidianidad; mi sangre era solo eso, una emoción por aceptar el contagio de otros latidos. Podía herirme, sí, pero estas cicatrices procedían de los juegos con mi hermana, eran regalos de las calles, de las cuestas que solía vencer al lado de mis amigos. Y hoy, siento que algo o alguien me dice: mira, fulano de tal, tú tampoco aprendiste a vivir: dejaste a quién no debías, y saliste por puertas equivocadas, las mismas que te vieron entrar con aires

de triunfo. Entonces escucho al tiempo deslizando hacia mí su flor siempre marchita.

Yo tengo la ambivalencia de muchos besos palpitando en mis labios, no puedo decirte la forma que ellos tienen ni la intensidad que muestra mi hambre; no sé si mi boca está incompleta, si está por decir algo que no suponga naufragios ni encrucijadas, algo limpio y certero, quizás fatal o benigno, pero sin ninguna duda por dentro. ¿Nadie puede explicarse? Todos poseemos el mismo misterio del tiempo, porque la sangre circula por sus cauces, porque si abres a un ser humano, por dentro verás al tiempo de una determinada forma, deshojando errores, juzgando el vacío.

VI

Y las calles de los barrios donde he vivido, ¿en qué parte de mí han seguido sus orientaciones, sus torceduras? ¿Cómo puedo explicar que yo soy sus límites? Solo el presente puede expresar el tono de los pasos, la indagación de las matas, las precipitaciones del sol sobre las cosas, cómo crea sombras en el orden de su dispersión terrestre. ¿Cómo no decir que hay un sentimiento dentro de mí que suena a tapas de ollas golpeadas por las manos de mis hijas en amaneceres infinitos marchando al ritmo de la alegría por las calles de Santa Cruz?; ¿cómo no palpar en mi ser un olor a monte con sus compañías cuando ellas me convirtieron en niño, y nos arrojábamos sobre palmeras por la canal del río Goaigoaza,

allá en la Belisa? Y esas canciones que retornaban desde mi infancia y eran unas sombras de sol que se sumergían con nosotros en aventuras inventadas en los parques. Esas calles, ese estacionamiento transfigurado, esos parques convertidos en castillos; no obstante, se han ido borrando, cambiaron de certeza.

Para saber que el cuerpo es cierto y es más que cuerpo, el ser humano crea ritualidades, actos de pertenencia, de identidad; el que yo he podido inventar es la apropiación del sitio por medio de la escritura, y esto devela la pluralidad que soy y somos. El yo como forma cerrada es una entelequia, la percepción tiene múltiples entradas y salidas. Yo soy mis perros y mis gatos; los amigos y amigas; las mujeres que he amado; yo soy las miradas, las risas, las cartas, los dibujos de mis hijas, nietas y alumnos; yo soy las historias de mis barrios, las modalidades que sufre el habla, los tonos de calor en las voces, yo soy muchos seres y cosas.

VII

Y mientras se vive los espejismos surgen con intensos brillos de engaño, y el alma es un gran hueco donde vamos almacenando las emociones que nos regaló el pasado. En la memoria las imágenes se van perdiendo, muy pocas sobreviven, parece que el cerebro funciona descartando, rechazando, eligiendo. ¿Cuántos amaneceres y atardeceres están sedimentados en mí? Tuve la costumbre de levantarme

a las cuatro de la mañana y de irme caminando desde Santa Cruz, en Puerto Cabello, hasta Playa Blanca. Por el camino iba viendo cómo se armaba la ciudad, cómo iban surgiendo los ruidos de sus habitantes; el apuro de unos, el extravío de otros, los mendigos acostados bajo techos salientes, sobre aceras que todavía tenían el frío de la madrugada. Llegaba al mar y me quitaba los zapatos, caminaba por la arena, veía las gaviotas pasear por la orilla; veía las faenas de los pescadores y cómo el sol dispersaba las tonalidades de su eternidad sobre los mortales. Muchas veces nos fuimos varios amigos y amigas a pasar la noche en Quizandal: nos llevábamos una carpa, muchos panes, una botella de ron, cigarros, agua y los intensos deseos de ver el amanecer desde el mar. Todo era distinto, abrazábamos los troncos de árboles que el mar había arrojado en la orilla, y acariciábamos las algas que sobre ellos habían nacido. Nadie dormía esperando la aparición del dios solar, escuchábamos el mar, conversábamos, colocábamos música, bebíamos, hacíamos rondas… hasta que el sol salía desde un fondo gris abriendo grietas amarillas y rojas; luego desgarraba ese ropaje de tonos y el púrpura y el anaranjado se mezclaban de manera perfecta mientras él subía lento cortejando las montañas, rompiendo las figuras de las nubes y creando otras; aquello no tengo manera de describirlo con fidelidad. Y cuando ha pasado el tiempo, uno se percata de que la búsqueda ocupa una gran parte de lo que se es.

VIII

Si hay algún sentido anidando en mi pensamiento, solo puede ser el sentido de mi ignorancia, en ella no hay peligros, mi ignorancia no es una desgarradura ni una red que atrape negaciones; mi ignorancia solo quiere volver a sembrar matas en un jardín bajo un día lluvioso, verse las manos llenas de tierra, y esperar la alegría del brote y la responsabilidad de cuidar la belleza, el milagro. Pero ya no soy un jardín, ya no soy la lluvia; mi ignorancia es la espera que no se resuelve.

¿Dónde la alquimia del pan en comunión? ¿Dónde los nombres desnudos sin mis usurpaciones? ¿Dónde las barajas sin la trampa marcada? Quizás sea la sede de un sonido, un espejo hecho de desproporciones donde es imposible precipitar una imagen real.

◆◆◆

EL SECRETO DE LOS GATOS

Hay seres que nacen en la mañana y no llegan a contemplar la luz de la luna, para ellos el mundo siempre será claridad, sol. Los gatos, por lo contrario, buscan la noche, tienden a ella y, aunque no es para ellos obligatorio —ni síntoma de inferioridad que comprometa su linaje— andar a la luz del sol, los gatos se deslizan en la noche porque llevan el fuego por dentro. Entonces danzan la majestad de sus movimientos por aquellos sitios que el día trató de calcinar: los techos, las ramas, los pavimentos, nuestras miradas.

Un gato lleva dentro de sí su propia lumbre, de allí la cautela y la majestuosidad impecable de sus movimientos; no caminan la tierra, marcan la oscuridad, como animales de luna, como silencios encarnados.

Un sedimento de sigilos que meditan, cobra armonía dentro del gato para que su forma externa sea la seducción y el estilo. Me gustaría escribir con la misma sutileza con que el gato pisa su secreto. Según Baudelaire, el secreto del gato radica en que es "grato y hondo", además, contiene en la mirada la detención del tiempo, la hora de la eternidad. ¿Cómo escribir grato y hondo?, ¿cómo paralizar el tiempo en esa hondura de las palabras?

El gato no tiene el mismo comportamiento en el día que en la noche, conoce la esencia de cada luz y en cada una de ellas se mueve con extraña precaución, con densa soltura y certera

pericia. Nosotros estamos veteados de sombras, y son estas, las sombras, las que nos hacen buscar las luces y los ruidos, o las oscuridades y los desafíos. Una culpa, un desencanto de ser nos impulsa a perforar las noches. Camuflados, arrastramos nuestras torpezas por rincones de violencia y falsos orgullos; sin altivez, practicamos el olvido sin llegar nunca a borrarnos; un gato, por lo contrario, es la desnudez de una forma que se alcanza a sí misma, una imagen que se basta para renacer en cada maullido, en cada ronroneo de pensamiento. Certero en su engreimiento, el gato no se teje en contriciones, la claridad de lo que él es no le permite el desatino. Un gato casi no conoce la inquietud, es control en acto.

Se sabe que la noche es la sustancia que los gatos beben y utilizan para hechizarnos: la profundidad del brillo que la mirada despliega; pero cuando el sol anda de su cuenta por el cielo, los gatos suelen dormir, buscan sombras de matas o resguardos en las casas, se acuestan en las sillas, sobre las camas, apetecen lo esponjoso, la suavidad por donde puedan continuarse; entonces lo apacible se apodera de ellos y los maniobra hasta que cobren hermosas posturas que nos hacen llevar hacia ellos la caricia. Los gatos respetan ese calor del cielo que podría enredarse en sus patas y hacerles trastrabillar haciéndoles perder el aliento del sigilo y la orientación de la sospecha. Algunas veces, cuando ya el sol se debilita, ellos saben que pueden salir y acostarse sobre las aceras, o sentarse en forma de efigie, mirando serenos y hacia adentro, desde la altura de alguna pared.

Pueden durar horas enteras jugando con sus soledades, dándole con las patas delanteras a una ramita que cuelgue de las matas del jardín. Si yo fuese gato también me pegaría a las matas, pasaría mi cuello y mi cuerpo por sus texturas; también subiría hacia lo alto de las acacias para poseer el vuelo de los pájaros; estoy convencido de que el secreto de los gatos caza el que contienen las hojas o las flores; pueden ver por dentro la claridad que se hace música, los gatos escuchan al mundo, su canto acallado por tanta destrucción.

Un gato jamás será esclavo de los caprichos humanos, jamás rebajará su orgullo felino para recibir el castigo. Una sola vez podríamos aspirar a ese atrevimiento, al día siguiente, el gato nos desconocerá para siempre, se irá de nuestro lado, no hay costumbre que le sirva de cadena, no hay instinto que lo apegue a la crueldad de la que hacemos gala: implacable, majestuosa, impecable, como los golpes que el destino nos da a nosotros.

El gato se sitúa entre el techo y la intemperie. Si en vez de imitar al perro, que nos acompaña desde que empezamos a erguir la espina dorsal, hubiésemos mimetizado en felina plasma, quizás la esclavitud nunca hubiese sido una realidad. Desconfían tanto del ser humano, que, si sienten el olor de nuestra raza sobre el pelambre de sus hijos recién nacidos, algunas gatas son capaces de abandonarlos y dejar que mueran de hambre. Los Yanomami tienen conductas similares: si un hijo nace defectuoso, pueden matarlo antes de que pruebe la leche materna; pero si la madre lo amamanta, la vida le es perdonada porque desde

ese momento se convierte en ser humano. La gata sabe que sus hijos tienen que desarrollar un olor de animal, saben que nuestro rastro no se les borrará nunca, una vez en contacto con nosotros dejan de ser gatos y no merecen la leche materna. Ellas tienen que prepararlos para la vida que dominamos, con un olor sin palabra, un rastro indomesticable.

◆◆◆

CÁLCULO Y POESÍA

Muy a menudo se piensa que el cálculo matemático y las expresiones poéticas están divorciados y situados en los extremos del pensamiento. El desgaste mismo de las palabras y la pretensión de que el cálculo permanece sumergido en la praxis social y económica han contribuido a este equívoco. En nuestra sociedad, a las personas que gustan de las matemáticas se les considera pragmáticas, seres directos con los pies bien puestos sobre la tierra; en cambio, a los que se apasionan por lo poético se les cataloga de soñadores, seres que gustan perder el tiempo pensando en asuntos que nada tienen que ver con la vida real, plena en articulaciones económicas y zozobras mercantiles. Nada más lejos de la verdad. El cálculo y la poesía provienen de una misma madre, son hijos que fueron separados en un momento determinado del camino, secuestrados por seres que luego desconocieron su naturaleza siamesa.

En culturas plenamente poéticas como las indígenas las cantidades no lograron pasar de dos, el uno representa cada individualidad y el dos representaría a todos los seres que existen después del uno. Por supuesto, al no haber nada que intercambiar por monedas, el símbolo que aglutina las cantidades, los indígenas se dan el lujo de regalarnos esa lógica implacable de la reducción del cálculo a sus elementos más consustanciales, de detener el desarrollo del mal. La formación del Estado, no

olvidemos esto, es posible gracias a la capacidad infinita que tienen los números de contarse a sí mismos. Pero los números también constituyen uno de los primeros esfuerzos racionales por alcanzar la naturaleza divina, en ellos late la fuerza de la fe, la frustración de las limitaciones humanas. Números, religión y Estado se mezclan entre sí para sentar las bases de la cultura actual, donde los primeros han pasado a ocupar el sitio de los dioses o quizás, más peligroso aún, el lugar de la fe. Creer en el cálculo es la premisa de nuestra sociedad. El cálculo os hará feliz, pudiera ser el slogan publicitario que yace como un mensaje subliminal en todas y cada una de las agendas publicitarias. La cantidad abre la brecha de nuestra procesión.

En la mitología China se suele contar el nacimiento del mundo siguiendo el curso de los números, al principio fue el uno y el dos, esto trajo como consecuencia el tres y del tres surgieron luego los diez mil seres. Sin embargo, esta cultura le da un lugar predominante al vacío como condición permanente, potencia actualizada y circundante de toda creación y destrucción. Quizás en ninguna otra parte se pueda encontrar una vinculación más directa entre cálculo y poesía, cuento y contar.

El Tao nos acerca a la existencia de algo que al ser número ya no es, aunque no por ello desaparezca su principio, y no es Dios. Dios ya es cantidad porque puede ser nombrado; lo que está anterior a Dios, a la creación, lo sin número. El Tao nos aproxima al meollo de nuestro tema, los números también son

palabras para entendernos, y como toda creación del lenguaje le debe su vida a la poesía, así como también las religiones son afluentes del gran río poético que ha surcado al ser humano desde que asomó al mundo su mirada. Quizás nada tenga una esencia más poética que los números, esos seres que quieren alcanzar a Dios. Todo esto se evidencia por dos razones: la primera es que lo poético es el primer modo de expresión del lenguaje, por tanto, también es una manera de pensar, un conocimiento. La segunda razón es la presencia del cero en las matemáticas, es decir el vínculo irrefutable de lo poético y de la religión en tanto hija de la poesía.

Los números representan cantidades de cosas, de seres, el cero es la negación de la cantidad, no tanto un principio, el uno es el principio, no el cero. Si usted multiplica cualquier cosa o ser por cero, la cosa o el ser desaparece, y esto no tiene ninguna lógica racional ni instrumental. Diez mil casas por cero nos daría cero casas, ¿a dónde fueron?, ¿qué se hicieron las casas? ¿A qué se debe esto? Se debe a que el cero representa la fuerza de la destrucción que acompaña a toda creación, nos recuerda a la muerte como devoradora de todo lo que se cuenta; por supuesto, esta interpretación se adapta a la visión occidental del Génesis. En la cultura China, ese cero representa al vacío, el aliento que genera las cosas, el cero es la palabra que permite nombrar y en ese momento ya no se nombra al objeto sino a la palabra.

Sigamos: el cero es la gran boca de un dios expeliendo su aliento de vida y de muerte inextricablemente unidos, recorriendo

los cuerpos de todos los seres. Es la fuerza que podríamos llamar "la nada". Para entender esto usted debe desprenderse de su manía de separar poesía y cálculo. Un modo muy simplista de pensar. Siempre ha tenido a la poesía allí a sus pies y no la ha visto, está en lo más simple, por tanto, en lo más fuerte, lo que aparentemente no vale. Sí, la poesía vale, es la nada, es el cero, Dios mismo.

Precisemos: el cálculo y la poesía son frutos del lenguaje, son lecturas del mismo misterio. Pero esta sociedad ha colocado una tilde inmensa en el cálculo, esto no trae como consecuencia más apego al goce del mundo, sino al goce de la ganancia, de la cantidad. Allan Watts nos dice que esta sociedad está muy lejos de ser materialista, porque esta palabra proviene de mater, la materia como madre, la madre tierra. Lo que sí ha logrado ser es la sociedad del cálculo infinitesimal, la posibilidad de desdoblar la realidad en tantos signos y símbolos como sea posible. Se ha vuelto cero en su expresión nefasta, todo lo consume, todo lo quiere desaparecer. El común de los mortales se afana entonces por calcular, por comprar, por encontrar el colmo de lo simbólico, el plus de significación de lo contable, el dinero. Y esto puede ser traducido en más inseguridad, más insatisfacción, más búsqueda, más asesinatos, más guerras, más frustraciones, suicidios, más miseria humana; es decir, los pies bien puestos sobre la ambición, la infinita realización del cero.

La poesía, esa hermana abandonada, juega un noble papel en este juego de perversiones mercantiles: recordarle al ser humano

que él es un milagro lleno de belleza, como lo dijo Walt Whitman en sus Hojas de hierba, ninguna máquina puede superar al más mínimo de los animales, ningún engranaje a cualquiera de nuestras articulaciones, de nuestros cartílagos. La máquina es fruto directo de la cantidad. El futuro, esa enfermedad de la posesión, es resultado directo del cálculo. La poesía es solo presente, nos dice que no hay posesión y el futuro pierde así su tormenta. La humildad de vivir y la capacidad de asombrarnos son posibles desde la percepción poética de la vida.

◆◆◆

CARTA A UN POETA QUE NO HA NACIDO

Estimado poeta que no existe, te escribo estas cortas líneas esperando que algún día tu materialización en un cuerpo cualquiera pueda responderme. En primer lugar, espero que te sientas bien en el solipsismo acuoso de la nada, en ese espacio de no nacer que te circunda sin que tus ojos puedan ver ninguna parcela del universo. Todo en ti es negativo, por eso me seduce tu expectativa, esa posibilidad latente en el devenir. En segundo lugar, quiero expresarte las razones por las cuales me he decidido a escribirte esta carta después de haber madurado la idea durante casi dos décadas. No son razones abstractas ni de corte histórico literario, es decir, yo no me he dedicado a estudiar la historia de la poesía en mi país para saber por dónde debo meterme y en qué debería trabajar procurando una depuración en el estilo, en la expresión. Cuando leo algunas recopilaciones solo me enumeran la cantidad de premios recibidos, los puestos políticos que usurparon, la escuela que intentaron forjar, los títulos de los libros. Me hablan pues de las marcas que les trazó la cultura a ellos, pero casi nada de las marcas que ellos rasgaron sobre la corporeidad cultural. Vanidad, todo es vanidad, dice el poeta del Eclesiastés. Cuando logro encontrar a alguien que decide decir algo sobre las marcas de los poetas en nuestras vidas, entonces utiliza una verborrea academicista que me fastidia y me aturde. Te escribiré sobre mis dudas, mis rechazos, mi, quizás, torpe

manera de concebir al hecho poético. Pero queda advertido que no me siento ninguna autoridad para decidir quién es y quién no es poeta, porque yo mismo no sé si lo soy, y muchas veces me da vergüenza enseñar mis poemas o enviarlos a revistas ya que me da la sensación de no estar a la altura de quienes los reciben.

El transcurso de mi vida me ha ido cincelando una concepción de la poesía que tiene que ver más con las sensaciones y la percepción de la realidad que con el hecho llano de escribir poemas. Me refiero, la poesía, para mí, es la vida profundizada o ampliada a través de la percepción de la realidad, pudiera no escribir poemas y eso no evitaría que sea un poeta, ¿qué opinas tú, será que me equivoco? Sin embargo, la paradoja consiste en que para arribar a esa conclusión tuve que escribir poesía y leer mucho. Ahí te dejo ese enigma. Sé que en esa aprehensión están involucrados todos los sentidos, aunque yo le doy una vital importancia a la escucha y a la visión. La realidad no puede no ser poética, es principalmente una multitud de espacios en los que ocurre una pluralidad creciente y decreciente de hechos que desafían la comprensión racional cuando se le comprende en su conjunto, en sus relaciones; pero la poesía utiliza a la razón para rebasarla y tantear los límites, los bordes que pudieran llevar a la locura. Lo que ocurre es que la percepción poética no atañe, a mi modo de ver, a una persona y su historia personal, sino a todo un colectivo, con todas sus historias, con todas sus vivencias, de esta manera, la razón lógica se hace insuficiente para comprender, para otorgarle sentido.

Yo camino y descamino la ciudad, la subvierto, la deformo, la exagero, la penetro por sus meandros asquerosos y tiernos; la contemplo desde el asombro poético, desde el descubrimiento. Dime, amigo de siempre, ¿hago mal en hacer esto? ¿No es de estas acciones que el fluido misterioso de un poema podrá algún día brotar de donde estaba escrito sin palabras, de allí, del alma, sedimento de sus páginas, como tú, inexistentes? ¿No es preferible detallar el vuelo y el cuerpo de un colibrí que buscar una novedad en la forma de escribir?

Por otra parte, considero al acto de escribir poemas un acto tan sagrado, sin que ello suponga pensar en un dios poético, aunque todos los dioses lo hayan sido, que es imposible que el nombre de un cantante o de un político, por ejemplo, entre en alguno de mis versos, soy cuidadoso con ello, el nombre tendría que ver con mis afectos, con mis pertenencias, con mis experiencias de vida, vida vivida en lo sencillo y en lo complejo de esa sencillez: modelo del poema, ese nombre sería un trampolín para trascender a otra verdad, como ocurre con frecuencia en Ledo Ivo.

Mucho menos podría doblegar y reducir mis percepciones a la celebración de un esquema político o ideológico, me siento demasiado mal complaciendo a otros a través de mis poemas. Si he de tener o mostrar algún compromiso ideológico, utilizaría para ello al ensayo, al panfleto, al aforismo. Sin embargo, con el poema, mi compromiso es con la vida, con el lenguaje, con lo esencial en el ser humano, más allá de las circunstancias

que le hagan pertenecer a un partido político o no. El compromiso del poeta debería ser con el ser humano, con sus eternos asuntos. Es que el poema es arte con palabras, como dijo el amigo Pérez Só, ese arte es la vida misma, con sus avatares de significancias e insignificancias puestas en duelo con el autor, primero, y después con el lector, un autor secundario, porque él le dará otro soplo de vida, otros significados.

¿Por qué malgastar el hermoso y extraño tiempo de escribir un poema trayendo a la ilación de sus verdades a seres que le son completamente ajenos? Sophía de Melo A. ha dicho en el arte de su poética que, si el poeta nombra algo, digamos un muro, un dintel de ventana, un olor de valeriana o tilo, eso nombrado pertenece a su mundo de vida, concreto, tocable, sincero. Hay una justicia entre lo que se dice y lo que se vive. Yo complementaría eso diciendo que debe haber una relación directa entre el núcleo de las vivencias y el núcleo del poema. Pero debo decir que lo anterior no siempre se cumple sin que por ello esté ausente lo auténtico. Poeta que aún no existe, ¿será que estoy exagerando esa relación y no importa que un poema se salga de las órbitas terrestres y mencione los seres de un espacio que aún no tiene barro ni espíritu? ¿Será que solo puedo ser leído si digo que la ciudad es un charco de cemento podrido y sus habitantes se esconden en puentes y pasan hambre por culpa del sistema? Todo esto sin esfuerzo creativo, como si fuese un volante en una campaña para optar al cargo de diputado, sin parto, sin trabajo. ¿No pudiera, en el peor de

los casos, ir a las mismas vicisitudes socio culturales con poemas bien definidos?

Quizás me consideres pedante o engreído, nada más lejos de mis pretensiones, de mi actitud. Quizás se equivoque el género escogido para decir esas verdades de manera apresuradas. Todos los géneros son recorridos por la poesía; pero los objetivos del poema hay que delimitarlos muy bien. Sin embargo, dejemos esta estéril zona a un lado. Prefiero hablarte de lo que espero de un poeta, de lo que debería ser. Pienso, que un poeta no debería albergar en su alma egoísmos de ningún tipo, mucho menos en relación con las oportunidades, publicaciones o manera de abordar la realidad de otros poetas; porque él ha entrado al reino donde todo es pasajero, y esa es su primera instancia en la conciencia. Lo real no tiene sello de pertenencia, no es permanente salvo en su condición de fuga. Entonces, ¿por qué molestarse por el triunfo de otro?, ¿por qué impedir que otro muestre sus producciones?, ¿por qué la competencia también entre los poetas? Salvo las trampas donde se regalan premios a seres que no lo ganan por méritos, sino por amiguismo.

Creo que exijo mucho, algo que yo mismo no cumplo, seamos más moderados, es suficiente con mantener la lucha en contra del egoísmo, donde hay lucha hay padecimiento, y ya sabemos que el sufrimiento es generador de creaciones. Ya tú sabes cuál es mi manera de pensar en este sentido: si la poesía no sirve para amansar al bárbaro que llevamos

por dentro, entonces la humanidad está perdida. La poesía, mucho más que las religiones, le ha servido al ser humano sus vendas y sus sustancias curativas, cambio de piel, pulimento del alma, cada vez que es herido por sí mismo, por sus miserias. El meollo podrido de cada cultura solo la poesía puede desinfectarlo. Desde tu modo de no ser, estoy seguro que compartes estas ideas, pero te ruego no nazcas, no entres al cuerpo, ni al tiempo, quédate así, flotando en las posibilidades, como una partícula del inicio.

Fíjate bien, en esa nada en la que ondulas hay un fiel parecido con la hoja en blanco antes de nacer el poema. Rilke describió todas las emociones y vivencias, atajos de la memoria y el sentido de la conciencia, los fulgores intempestivos que surgen desde la savia de nuestros apetitos mortales, el lago de la muerte a donde vamos a beber frustraciones y alegrías, las diminutas cosas de la cotidianidad que agrandan su moral y su ética en la pasión creadora, haber dormido en el cementerio largas noches, escuchar el paso del esqueleto de la vida buscando sus carnes renovadas, resucitadas por sí mismas en la gran rueda de las repeticiones… Todo lo que se debe vivir y amasar en el alma del poeta para que algún día, en un instante inesperado, pida su existencia en una hoja la entraña misma hecha palabra. Aunque me he detenido un poco en esta potencia del devenir poema, me gustaría hacer énfasis en lo que viene después del nacimiento.

Si tú tuvieses un padre o una madre que te diera la vida en la plenitud de sus erosiones materiales y ellos tuvieran la opor-

tunidad de seguir moldeando tu forma con los requerimientos del espíritu, según una concepción propia de la belleza, seguramente tu nacimiento sería doloroso, estarías en el umbral de la vida pronto a ver sus dimensiones y sin caer del todo en ella, pues cincelar tu forma con escalpelos de alma es muy difícil y también mucho más importante que el nacimiento apresurado de un cuerpo que va a desandar sus malformaciones congénitas sin poder ayudar al prójimo. No me refiero a una carencia de piel, de textura, nada más, sino a la pérdida —desde el mismo momento de nacer— del aliento, del principio energético del espíritu, lo que podría volver a hacer nudo o puente con la inmortalidad.

Es que sobre una hoja hay profundidades, las de las palabras mismas vinculadas, combinadas de otra manera sin perder la claridad de sus convicciones, de sus creencias, de sus sentidos, de sus emociones, de sus verdades. Quiere esto decir, que a diferencia de un cuerpo que nace y va transformándose en otro y luego en otro y luego en otro hasta no ser, el poema se transforma, se cuela hacia sí mismo, se estructura en la solidez de haber llegado lo más cerca posible a sus pretensiones ideales, espirituales y, en vez de apagar sus latidos, cobra la vigencia de lo permanente, el pulso que desafía a la vejez y la vence. No crees tú amigo de lo posible, que la pregunta que debe hacerse constantemente el poeta es: ¿cuántos poemas es un poema?, ¿cuántas maneras de escribirse tiene el mismo poema?, ¿hacia dónde me voy con la escritura?

Desde las inquietudes anteriores me atrevo a decirte algunas consideraciones que creo son importantes si algún día decides vivir. Ese juego de cavar en las palabras buscando las simientes más adecuadas se complementa con una poda de sus ramas, una vez la planta del poema haya crecido lo suficiente. Me gustaría decirte que no hay obsesión en esa poda, pero te mentiría, sí la hay, tanto como en la excavación. Quizás pasen meses para que te des cuenta de que había una palabra que te impedía ver el todo con claridad, o para que reconozcas que el todo no debió surgir y lo elimines sin ninguna piedad. Esto es en cuanto al acto de escribir, ya sabemos que hay un respaldo de la vida y de la percepción poética de esa vida que es la fuente, junto con la lectura, de los poemas. La poesía que se encuentra en el poema vive fuera de él, sino no hubiese podido nunca encarnarse allí. Por eso, una vez más, qué importa que ese poema tenga pertenencia en un libro, esto es secundario siempre, lo más importante es vivir y actuar conforme al destino que se ha elegido, ser poeta, es decir, lo más parecido a un ser humano.

Me quedan muchas cosas por decirte, quizás tenga otra ocasión para volverte a escribir; por ahora, creo que toqué pocos asuntos, pero de vital importancia desde mi punto de vista, siempre parcial, por supuesto. Me despido de ti, no sin antes decirte que, si decides nacer y andar por este mundo con tu piel de poeta, piensa bien esa elección, pueda que no valga la pena y te arrepientas, toda elección porta las consecuencias, para bien o para mal, desde mi torpe y escasa experiencia, puedo

decirte que la poesía es un gran animal mágico que te ayuda en tus avatares de vida, una mujer inverosímil en su fidelidad que te exige la misma actitud para que la realidad fluya y te llene con todos sus tonos. Tú eliges.

◆◆◆

EXALTACIÓN DE LAS MANOS

A Mónica Molina.

Las manos son quizás las arañas más duras del reino animal, sus huesos tantean la realidad y nos hablan de sus texturas y sus destemplanzas climáticas por ejemplo dado de fiebres que las llevan a las frentes y sacuden el sudor en un arrebato de sus ascos. Habladoras las manos, entran igual a la templanza del arco como al silencioso hundimiento de los botones que detonan bombas a largas distancias. No por la arrogancia de belfos palpados y cuajados en sus destinos leídos por la línea de la vida cuando cada quien se va con sus manos en mudanza destempladas de sus climas perseguidos. Las manos.

Las manos, tazas de las primeras aguas, mañosas de sus mismas trampas que nos traen la espalda del hipócrita abrazo o el calor del amigo que arriba con manazas agobiadas y ellas caen hacia abajo en reposo de andar siempre arriba señalando un devenir, un asombro, un hartazgo de andar.

Y quien jura lleva sus manos a los labios y sale la misma cruz de protección cuando alguien se aleja y las manos dibujan en el aire el cuidado imaginario, la pretensión de bendecir sin ser santos y conjurar sin ser brujos. Chaparrean pues las ramas de las virtudes, las manos.

Se hala el amor con las manos, se proyecta el zumbido del odio, el cansancio de la nostalgia se desliza hacia abajo por los

cabellos como una caricia que repite su calor y quiere dejarse escrita en la piel con los lápices de los dedos. En qué desproporción las manos se cuidan de ser vistas, en qué salud afloran risueñas, en qué tristeza se agobian.

Quizás toda la sociedad descansa en las manos, no tanto en los pies, esas manos inferiores que también obedecen a la conciencia en su deslizamiento. Toda la sociedad con sus mercados y sus demandas de latigazos descansan en las manos que teclean las ventas y reproducen las condiciones de los bienaventurados y los malexcluidos. Sucias subiendo escalones de cerros, sucias buscando juguetes o comidas en los basureros, sucias entrando con un cuchillo en el cuerpo ajeno, sucias llevándose lo que otro puede disfrutar, reunidas para transformarse en música liberadora, en comunión contra el poder, las manos.

Y no solo la bendición en manos ausentes, no solo la voz en dibujos de gestos, las manos tienen un secreto, ellas siempre vienen desde el pasado, no es posible el futuro para ellas. La libertad comenzó en un gesto de las manos, el dedo índice diciendo el mayor no de la historia, el que Adán le dijo a Dios y el que Eva no le dijo a Satán. Y aunque no fuese religioso el dedo liberador que inició la cultura, fue un dedo sin duda el que transformó al hombre animal en hombre constructor. La soltura del dedo gordo para hacer prensiles las manos es un eslabón antropológico que aún anda perdido acompañando su metida de dedo por no decir de pata.

A fuerza de empujar el carro del tiempo, las manos se deducen por su participación en lo que se registra para no caer en el olvido. El mecate en el cuello del esclavo, el grillo en los pies del presidiario. Eran las manos aquellos ojos que vigilaban el escape de los negros cimarrones, eran ellas las que abrían su abanico en el velo nocturno y encendían el fuego de purificación, el paso de los suicidios, el agobio de las manos del amo sobre la dignidad.

La última parte del hermano es una mano. ¿Qué no decir de ellas? Prestas para la artritis reumatoide que las anuda sobre sí mismas, prestas a destajar de la madera la figura que el pensamiento esculpe en silencio. Las manos que sacan un conejo de la madriguera de un sombrero y una sombra del orificio de la pistola. Fue Rimbaud el que dijo que una mano escribiendo tiene el mismo valor que una mano arando la tierra, nada más cierto porque realmente las dos están escribiendo en diferentes superficies, nada más falso cuando el mundo puede vivir sin escritura, pero no puede hacerlo sin verdura. Hay demasiadas manos metiéndose en el caldero del mundo, por eso se ha puesto morado el planeta, a punto de explotar sus pústulas no solo por reumas de sus neumáticos, añagazas de sus velocidades y temperaturas. Qué no decir de ellas que expanden y jaspean el kerosén de la maldad y abren el surco de la pólvora por donde habrá de irse la humanidad hasta precipitarse en la mano toda misericordia de Dios. Manos posmodernas plenas de nostalgias que dirigen la partitura

de la sinfonía infernal de lo mismo asumiendo los pastiches como pastichos divinos.

Fueron las manos juntadas por miles las que saludaban el "Ave" del César y distinguían un imperio que se cayó por sus propias manos. A qué tanta distinción entre unos y otros, lo propio y lo extraño, por el uso de las manos que tiran la piedra y se esconden y tienen tantos guantes–máscaras guardados en el escaparate. Manos precisas y rápidas como las patas del gato y el golpe en el pecho de la marcha alemana que sacudió la historia y se marchó con millones de muertos caídos en sus hoyos.

¿Qué no decir de ellas? Las que se van espesando en el horno de los años, las que dejaron de lanzar las metras en la hueca y templar el hilo del papagayo, las que ya no golpean la pelota de goma ni se monta en caballos de escobas; las manos de las tareas que mantienen limpia la casa de la tierra que insiste en buscar su origen. Las manos que se van ampliando hasta casi no apretar la vida, secas, arrugadas sobre el esqueleto que muestra los trazos de la pesadumbre. Las manos que bajan nuestras urnas hasta la noche y el silencio.

◆◆◆

BREVE TRATADO SOBRE LAS LINTERNAS

Pero entonces ¿el mundo no es más que una linterna mágica?

Arthur Shopenhauer.

GÉNESIS DE LAS LINTERNAS

Todo fue un borde y algo asomó su luz de par en par. El aire fue la primera profundidad. Lo espeso vino a colarse y a buscar su lugar como un lagarto en la roca. No se piense en un molde ni en un hocico con diez llamas en flor; lo espeso es la euforia del brote espontáneo, pleno en el placer de asomarse.

Ahí estaban los estiramientos, los pliegues de los latidos, las alianzas de lo espeso con lo espeso, y no había extrañamiento. Era cuestión entonces de aprender a cortar todo…

El asombro era un musgo, un destello cayendo sobre las mareas, inmolado en su penetración más allá de las superficies por medio del pensamiento. El asombro que piensa ya es una lumbre, después vendría la hondura, el despliegue de los ojos guiados por un ser que desconoce. El anhelo de ver los cortes por dentro.

Se tenía un rostro cuya máscara era un devenir incierto. Desde el grito que huye, desde el adentro cifrado por la permanencia del rayo, el aprendizaje no era posible en la quietud, columbrar el temblor de las sombras en las sombras, pulsar el potencial de lo que despertaba y era ignorado por el desgaste:

entre el nombre que surge para apaciguar el miedo y los signos del cambio, surgió la primera linterna.

APROXIMACIÓN A UN CONCEPTO DE LINTERNA

Quizás pueda resumirse su ser si decimos que una linterna es una convergencia que se proyecta, pero sería un concepto hueco, vago, sin consistencia, y allí estaríamos en su reino. No pueden abrirse los peces porque la luz deja de ser. No puede detenerse la fluidez de los pájaros, porque en ese instante no se reconocería a la infancia ni los aullidos del frío en el desamparo. Sin embargo, una linterna es la convergencia del vuelo y el nado. Tendríamos que decir algo más sobre la tierra. Las linternas rechazan la pureza, la piel lisa y fresca de las verdades nunca han sido motivo de sus búsquedas. Es odiosa la comparación, pero estoy tanteando las palabras: la linterna puede ser un ojo continuo que hierve en el silencio de los objetos, y ¿dónde dejaremos a las sombrillas y a las simientes dormidas en el humus y a la inutilidad del pasado? Aclararemos entonces que ellas son gachas y suaves como pelambres o plumajes. Lodo y mucosa. Flora que estalla y en algún tiempo fue una canción pintada sobre las moscas.

CARACTERÍSTICAS DE LAS LINTERNAS

Son continuas: se sabe que toda prolongación del sol se transforma en lámpara o linterna, según tengan o no otras ramificaciones, aunque nunca los candelabros, de tal manera que con toda certeza pueda decirse que la noche no existe. El

azahar y los bachacos saben otra historia.

Reciprocidad: la claridad se devuelve y no es lo negro, es más claridad hasta no alumbrar, por eso las linternas tienen un límite para las direcciones.

De la capacidad de apagarse: esta característica se basa en una suposición, por ejemplo, digamos que la visión quiere alcanzar el fondo de las quebradas, en esas condiciones de lucha las linternas no son auxiliares ni forman parte de ningún equipaje técnico o algo por el estilo. Lo diminuto no entra en su radio de acción. En cuanto a las heridas, son autónomas, ellas llevan su propia luz.

Grados de permanencia: las luces tienen un dispositivo para graduarse según las tonalidades de la realidad, por supuesto, la complicidad óculo manual pudiera ser más dura y el pensamiento alguna rama de los robles y entonces los movimientos respaldarían las consecuencias de que a los grados de luz le corresponden grados de permanencia. La más intensa no molesta a los ojos ni dinamiza la danza de las muñecas en la captura del pensamiento, por eso evaden los desgastes, y hay una condena a ser hoja en los arroyos, por eso se confunde con la eternidad. Pero la luz menos intensa también porta la misma plenitud y presenta los mismos problemas de relación con la realidad. Se podrían indicar las cargas y las sobrecargas y si por el aire hay evidencias de hollín; esto, con la finalidad de comprender el transcurso del tiempo.

De las envolturas: cómo saber si el lirio no usa una niebla, si el

cocodrilo no reviste las aguas submarinas y asume su tatuaje de piedra al mediodía. Hasta dónde llega la proliferación de las envolturas y lo desnudo es otra forma de cubrirse. Las linternas nunca han sufrido de dudas, ni pestañan al verse frente a lo imprescindible, como una colmena o una casita de mariposa.

CLASIFICACIÓN Y TIPOS DE LINTERNAS

Mandell y Gullec (1478) elaboraron la primera clasificación de las linternas, para entonces el modelo binario invadía a la ciencia y a la filosofía. Estos pensadores franceses realizaron una clasificación que ahora nos resulta simple: linternas positivas y negativas. Las primeras tendrían un núcleo y tres sentidos en la orientación de la luz: las ubres de las cabras, la paja de los graneros y el silencio de las algas. Las segundas carecen de núcleo y pueden por ello renunciar a los árboles abiertos; sin embargo, solo tienen dos direcciones: el sudor debajo de los sombreros, como una culebra dormida en el borde de una piedra y es la piedra, la otra dirección queda hacia las bellezas metálicas, el olor de la naftalina en el exilio de las ropas y las manchas que dejan las culpas sobre los muros. Leonardo Da Vinci, en su Tratado sobre la luz, le dedica unas palabras a esta clasificación considerándola artística y poco científica. Complementa el estudio de Mandell y Gullec sometiendo a las linternas a experimentos rigurosos y concluyendo que solo hay un tipo de linternas, las llamó: "Cigüeñales", y las consideró para uso exclusivo de búsquedas.

En la actualidad y debido al avance en los estudios de la Cartografía de la oscuridad, Las pupilas de los insomnes y La compleja red comunicacional de los animales ciegos, las linternas se clasifican en físicas e imaginarias, prevalece la orientación binaria que le dio el Renacimiento, pero cada una posee a su vez varias subdivisiones.

Linternas físicas: responden a una mezcla de presencias, una soberanía del estallido continuo que proviene del núcleo. El núcleo no tiene tamaño predeterminado y es mucho más que un nombre. Las linternas físicas se distribuyen por circuitos aéreos, acuáticos y terrestres, todos acoplados a engranajes y sistemas con diversas velocidades. Están capacitadas para hechizar ciudades, capturar el movimiento de las manchas y pueden atravesar altas temperaturas. Ese tablero de pases comunicantes, puentes y empalmes aleatorios, permiten que en las linternas físicas comulguen las distancias.

Entre las linternas físicas encontramos:

a)-los ojos de los gatos

b)-las luciérnagas

c)-los frutos y los lomos

a-) Los ojos de los gatos: podría ampliarse a: ojos de felinos y estaríamos en disposición de perseguir la mirada del tigre cuando es alfombra verde y cuchillo en el cuello de los venados. Nada de risa alumbrando como una luna carcomida el camino de los extravíos. Pero las linternas físicas casi han adoptado el suburbio citadino como medio de convivencia, es por ello que man-

tienen el orgullo de los gatos, esa pasión por deformar la noche y conjugarla en puntos lumínicos, pardos y metálicos que no despejan la oscuridad, solo señala dónde no puede posarse.

b-) Las luciérnagas: durante el Renacimiento fueron clasificadas dentro de las linternas negativas, pues se tardaban mucho tiempo en alcanzar la capacidad de encendido. En la actualidad se sabe que ellas son focos alados que muestran la brevedad de la existencia, la intermitencia y alternancia de lo vivo y lo muerto.

c-) Los frutos y los lomos: aparecen juntos los frutos y los animales en esta clasificación, no solo por la similitud en las funciones (la mutua simbiosis bioquímica) sino por una especie de atractivo simpático que existe entre ellos, sobre todo al considerar como punto central de la fuerza atractiva a las superficies; es decir, la potencia vinculante de lo físico. Es así como la piel de un mango, y la de muchas hojas nuevas, pueden confundirse con las iguanas y las mantis religiosas, por supuesto, cuando las capas del tiempo caen sobre ellos, las mantis se transforman en una especie de palito seco con patas y el mango muta a la iluminación de las plumas, para luego considerarse un charco que hamaquea en las ramas. Lo importante es que la dermis de los frutos y los animales son linternas intensas cuando se exponen al sol, y sus tonalidades cambian. Hay que enamorarse de las alturas para acostumbrarse a ver estas lumbres.

2: Linternas imaginarias: también llamadas linternas internas, nominación abolida por la cacofonía a la que obliga y la alta capacidad de retorno que tenían sus luces. Estas linternas pu-

dieron haber sido reducidas a una nominación común según sus funciones: "Cigüeñales", siguiendo la investigación de Leonardo que arrojó que todas las linternas sirven para buscar, noción esta que es negada por la existencia de las linternas físicas, cuyas luminiscencias están orientadas a mostrar más que a descubrir. Las más importantes son:

a-) linternas borgeanas
b-) linternas murciélagos
c-) linternas dantescas
d-) linternas negativas

a-) Linternas borgeanas: la controversia de esta linterna consiste en saber si es cierto o no que los objetos y los lugares puedan desdoblarse al interior de las personas, y si es verdad o no que los sitios por donde estos seres dobles pasarían serían los ojos o los oídos. Octavio Paz aseguraba que en este juego de dobleces entraban en función todos los sentidos, incluyendo a las sienes, que, según los avances de la neurociencia, es el sitio que abre y cierra para que los pensamientos se alojen o salgan. Las linternas en cuestión fueron creadas por un gaucho argentino de apellido Borges, es una y múltiple, puede extender hilos de luz que no tienen fin y pueden dar con la salida de los laberintos. Incapaces de alumbrar frente a los espejos, estas linternas vuelan incansablemente en la alquimia que hace del alma una piedra y de esta piedra una imposibilidad para el tiempo.

b-) Linternas murciélagos: la luz es un sonido, el sonido es un ave nocturna que pende como una lámpara oscura de las ramas

de algunas matas frutales como el almendrón. El vuelo pone el principio inestable de todas las cosas, es un pasajero que descarga un semen vegetal. Entonces el murciélago alumbra y es terrible como una mesa de operaciones, basta con sonar para que la madrugada tenga consistencia y repte la oscuridad similar que reina en las emociones humanas. La luz es una tormenta, la tormenta una extensión de las humillaciones.

c-) Linternas dantescas: un hombre camina en su estanque, pisa su agua podrida, aúlla a lo lejos sobre un hierro que lo marcó en el corazón, sabe a quién pertenece, todo su cuerpo es una herida, porque solo las heridas lloran sobre lo oscuro. Las celebraciones festejan las claridades y nadie sabe qué va a hacer después de la alegría. La linterna dantesca sube, siempre sube, y alcanza a disipar la niebla de las alturas, pero la usan hombres que no quieren pensar, que ya saben cómo arder y ser un habitante adaptado a cualquier espacio, justo en el camino que queda en la mitad de la vida.

d-) Linternas negativas: no hay posibilidad de lumbre en Auschwitz, ni en el espesor de las murallas en el Sahara. Alumbrar no es arder. ¿Cómo iluminar las espinas en la lengua que se come a sí misma buscando el sentido de un nombre? Hay seres apagados, lucen ventanas partidas y bombillos devorados por la confianza en el devenir, la geometría la impone la sombra, las sequías que no aceptan borrones y no esperan las nupcias de las gotas. Las linternas negativas no alumbran oscuramente, su mecanismo es más sencillo, se niegan a revelar la deformación del alma humana.

REFLEXIONES FINALES

Platón oscureció el ambiente de las palabras y las preparó para recibir a las linternas y su eterna capacidad de ser idea y materia en múltiples convivencias. Ahora se sabe que el sol es una memoria que alumbra y olvida, a esta semejanza se formaron los dioses, a este rechazo se erigieron las leyendas y la historia: el ser humano oscila entre la luz y la no-luz. Sería un asunto de pensar largamente en los bordes y en las plenitudes. De saber qué se quiere de las capas y los redobles de campanas en el amanecer, sería un asunto de no concluir ni siquiera los nombres para que dejen abiertas sus rendijas y la noche entre canturreando porque entiende que tiene un fragor en su silencio y en nuestras voces.

Por ello el estudio de las linternas resulta imprescindible.

◆◆◆

¿QUÉ SE ENTIENDE POR CAUCHO?

Si trazamos una línea de seres con edades antiguas, días idénticos después de cada destino, y verificamos que en el fondo exista una señal objetiva, digamos, del olvido, entonces estaremos comprendiendo la naturaleza del caucho.

¿Es una criatura? Se le han atribuido algunas desapariciones, explosiones de ceguera y embestidas de sellos sobre los sentimientos religiosos, incluso algunos estudiosos, como Hunter Graffer (1968), afirman que el mundo jamás volverá a creer en algún dios desde el día en que el caucho pueda ser liberado en toda su apariencia. La dinastía de su dicha traería la muerte con consentimiento de los condenados a su rutina. Se cree que la verdadera función de un dios es esa: la capacidad de convertir la mortalidad en un asunto que no represente ningún drama, ninguna tragedia; y el caucho hasta los actuales momentos posee todas las características de un dios con dicha capacidad: es vacío y redondo, conjuga todos los estados de la materia y pasa de uno a otro constantemente, todos sus bordes son falsos, se desposa con sus extremos y no tiene memorias para sus respuestas.

Estructura del caucho: no existen ramificaciones, el caucho, al parecer, es un andamiaje de fluidos, por eso no se sabe con exactitud cómo puede alojar en él algún vestigio de piedra, como el encontrado en 1932 por el sabio investigador inglés, Radlof

Barbey, quien además introdujo en sus estudios la posibilidad de que, si se llegase a establecer los límites del caucho, en ese final solo podría haber nostalgias y una eternidad de polvos.

La añoranza inviste todos los peldaños de aire, incluso podría afirmarse con toda exactitud que la simetría entre anhelo y aire trae consigo la forma perfecta de las almas. Del otro lado no queda nada, es decir, es imposible conseguir un entretejido, un devenir de rayo, un vértigo de círculo. Los últimos estudios avanzan hacia esa dirección; hasta ahora, el otro lado del caucho solo podría existir si las partículas elementales se comportaran como reflejos de otra realidad. Cualquier vida allí se consume, cualquier muerte allí pierde su niebla. Lo más importante del caucho es que su naturaleza rechaza de manera absoluta su conversión en mito. Todo lo lleva al fucsia del origen. Puede amoldarse a cualquier lenguaje y convertirse en ligadura, en un ovillo de nombres prohibidos.

Es importante a la hora en que el caucho se materialice y parezca un objeto redondo, de tres dimensiones externas y cuatro internas, mantenerlo lejos del alcance de los niños, dado que se ha demostrado fehacientemente que el caucho, en presencia de la infancia, susurra promesas que jamás podrá cumplir, y la secuencia de estos hechos dejaría a los adultos sin los ecos del pasado.

◆◆◆

EL PLANO DE DIOS

PRELIMINARES:

1- El plano existe.

2- El uso de la palabra "plano" solo es una torpe generalización cartográfica que permite intuir una orientación.

3- Ningún investigador-explorador, ya sea con rústicos instrumentos o con tecnología de último segundo, ha podido encontrar uno solo de los límites del plano.

4- Según el punto anterior, el plano pudiera no existir.

5- Ningún ser humano no ha podido no extraviarse en el plano.

6- El plano permite la contradicción de las verdades, pero jamás la negación de las mismas, incluso una vez se hayan convertido en espectáculo o en olvido.

7- En el plano la especulación es fuente de conocimiento.

8- Por supuesto, existen las guerras.

EN TORNO AL PLANO

La expresión "en torno", supone un límite fijo para aquello del cual se presume un alrededor, lo cual no es posible; esta expresión es válida única y exclusivamente para las palabras, para rasgos teóricos o imaginaciones delirantes, en fin, para el uso del lenguaje. Lo que siempre se presiente en el plano es el devenir de las pieles, es una atmósfera que lo recorre y una expectativa que jamás se extingue, a pesar de que por todas sus direcciones esas mismas pieles dejan de ser.

Dentro del plano nadie cumple las promesas, porque el único destino posible es el de las máscaras. Se sabe que las piedras muestran sus odios y un triunfo que las ampara a pesar de los infortunios, ellas permiten el sonido del amor, traban los pasos del fuego; Dios confía en ellas más que en los seres que hablan, cuando quiere saber a quién ama Él, y de qué manera podrá mostrarse en los caminos, les pregunta a las piedras y estas abren sus venas y muestran la sangre de los amantes y entonces Dios es un lagarto que se desprende de su sombra, y conoce su propia felicidad, porque las piedras guardan su memoria.

¿Alguna vez habrá sido habitado el plano? Es una pregunta que se dirige directamente al diseño. Los diversos tatuajes pierden y recobran sus tamaños. El engaño de los abismos siempre se tiende en sitios tan pequeños como el corazón, o en aguas tan volátiles como el alma. En los confines, por tanto, hay sueños, y un bosque confiable, y una matriz de manantiales que recuerda a otras dimensiones, así no se hayan vivido. Recordemos que nada en el plano es verdad, esto no debe olvidarse, pero se olvida, y las marcas que fueron asombros y abrazos, y aquellos que quisieron quedarse dentro de seres amados y emprendieron el camino confiando en la verdad, pronto sabrán que todos son huéspedes de la herida.

En el plano se conocen las palabras. Nadie dice, apártalas de mí. Y en ellas vive el vapor y las bujías del tiempo. Los rituales ascienden hacia las hogueras, todo brillo, desnuda,

aunque lo desconocido no carezca de nombre y no exista la inocencia y cualquier roce sea venenoso. Genérese entonces las entradas y las salidas.

Es posible el amor y todo lo que reproduzca lo falso. En las fuentes se necesitan compañías, y el orgullo conduce las huellas, él mismo un rastro que no se ve a sí mismo, y mirar no es conocer. Todo parece.

De conformidad con las puertas, el miedo no pierde sus nudillos, y en cuanto se tiene un rincón disponible, el pasado regresa. La ternura contrarresta y es por eso que posee un temblor. Después de todo, el plano es real.

Solamente la soledad puede caminar largos trechos, y conocer si hay hundimientos en el transcurso del plano, y trazar equilibrios en las líneas paralelas que tienen tantas semejanzas con las fugas. El plano puede desaparecer de tanta soledad afiebrando en los nunca, sabemos que el otro lado de cualquier enigma es la mortalidad. Sea entonces la desolación, su hiedra, su triunfo, el conato oscuro de su violencia.

No se sabe de algo que jamás cambie de rostro. De hecho, hay muros que se ofrecen como gestos a otros dioses. Todo reflejo en el plano proviene del desierto. Al parecer Dios no es monoteísta, aunque idolatre todas las ceremonias de la desnudez, incluyendo la guerra. El plano es comparable con la apariencia, sobre todo, porque nunca pierde sus superficies y la costumbre de incluir a las sombras lo tornan complejo, pero solo es una peripecia de las viejas fundiciones del cuerpo, de

cualquier cuerpo, pues todos emanan nieblas y se inmolan al sol. Si uno se tropieza con los umbrales se dará cuenta de que es propicio rezar, y entonces surge espontáneamente un signo dibujado en el aire.

No podemos negar otras convocaciones. Cuando se trata del ser humano, enseguida busca el centro y se ufana en su mecanismo parlante, sin embargo, todo es animal, hablar es instinto y se sabe que, en él, hay más fracasos que los ruidos, cantos y modulaciones del resto de los animales. Tal vez avanzar consista en escuchar y no anunciarse, no pretender el salvoconducto. Gargarear el desamparo y la alegría y conformarse con la conciencia.

En relación con los atajos nocturnos, el plano ambiciona una dimensión superpuesta que no confunda ni extravíe. El anhelo se queda como límite, entonces el plano deja de ser real.

Ningún ser ha nacido del cristal. Por el lado pasan los colores de la sed, los organismos que regresan del porvenir y temen ser falsos, cojear como las ilusiones. Los sonámbulos de la historia inventan las guerras para que se sepa que una parte del plano no le rinde tributos a la memoria y anda suelta, con sus propios trazos, meridianos y coordenadas de lamentos. Después de todo el plano no es Dios; todo parece.

◆◆◆

ARQUEOLOGÍA DE LOS ÁRBOLES

Qué relación invisible y esencial para la vida existe entre la madera y el cuerpo humano. Muchas veces el cuerpo de un árbol es comparado desde la más tierna infancia con el del ser humano. Los niños extienden así en una hoja, que por cierto ha sido desprendida de algún árbol, esa correspondencia de los toques, de las caricias, del sostenimiento de las cortezas, esa manera de marcar en su cuerpo nuestros nombres, la fecha de un acontecimiento importante, los signos de las uniones. Los primeros dibujos no son otra cosa que matas, grandes árboles al lado de los familiares y amigos, acompañándonos. El niño mismo sabe, de alguna manera, que su cuerpo está comenzando a anudarse sobre sí mismo, a abrazarse en las vueltas de una soledad por venir. Pero en esta relación, precisamente, la soledad queda excluida, siempre será una apariencia y no sería conveniente dejarnos ir por este índice de lo aislado. Lo cierto es que muchas expresiones denuncian una identidad entre el árbol y el ser humano. El primer libro fue la corteza de un árbol. Se quiere llegar a un sitio y echar raíces, tener frutos, plantarse. Lo indispensable del agua y el sol para ambos seres, no nos deja lugar a dudas de que el ser humano también es una especie de planta. Cuando una persona queda por motivos de enfermedad, sin conciencia y sin movilidad, se dice que está en estado vegetativo. Lo vegetativo se entiende como un diminutivo en la

escala de los valores de la fortaleza y majestuosidad del árbol. Se complementa esta expresión con su contrario, la salud de una persona y su capacidad de resistencia ante las situaciones amargas de la vida, se compara con los samanes o los robles. Recordemos que la palabra humano proviene de humus, tierra fértil. Si alguien queda sin árbol por dentro, sin frescura, es un ser del desierto, un ser que del árbol solo le quedó su propia sombra. Nuestra civilización surge bajo la sombra de un árbol, aquél que contenía los frutos del bien y del mal, los frutos del conocimiento. Todas las civilizaciones han establecido comparaciones entre morir y sembrar. Sobre la tumba de Osiris se esparcen las semillas del nacimiento y surgen las espigas de la resurrección. Buda consiguió la iluminación sentado bajo el árbol Bo, un equivalente al árbol del génesis cristiano. Para la mayoría de las etnias indígenas los árboles poseen un espíritu que los hace sagrado, son maestros cotidianos que les enseñan a construir casas, botes y a alimentarse. Los árboles y las matas son sus imágenes.

El árbol es todo un archivo de lo habitable, en él descansan los albergues, las geometrías que en los hogares disponen la distribución del calor, el mapa de los pasos. Solo presencia tienen los árboles para nosotros. Cuando ellos mismos no se transforman en nuestras casas, están en ellas de cualquier manera, bien sea en los patios o en los jardines hamaqueando sombras y frutos, fungiendo de juguetes a las infancias, de escondites a los amores furtivos, motivos de vida a la ancianidad,

o en forma de mesas insistiendo en celebrar las comuniones diarias, mostrando los retratos de los seres de la convivencia o de aquellos que ahora son parte del humus que alimenta a otros árboles. También los encontramos en las sillas que nos soportan con todos los pesos que el pasado nos va echando encima. En las camas donde nos abrazamos al amor para soportar más nuestra mortalidad. Sobre todo, me llama la atención, cómo los árboles se expanden, se aplanan y nos permiten quedar fuera del alcance de la intemperie al convertirse en las puertas que nos rodean.

Es conveniente entonces que pensemos en el ser de la puerta. Sabemos que en ella respira un árbol caído y resucitado. Quizás si nos acercamos a oírla pudiéramos sentir la altivez ante las tormentas, la resistencia ante las lluvias; los cantos de los vuelos, esa correspondencia con sus plumas estáticas batiéndose en la libertad. Una puerta también es una casa llena de las extremidades del mundo, sus seres externos, seres con la corporeidad de lo terrestre. Es ingenuo preguntarnos qué es un árbol o qué es la madera, porque ella solo erige su ser en una permanencia que está signada por múltiples transformaciones, habría que establecer los límites de su aparición fenomenológica, asunto de difícil precisión, pues se pierde en el tiempo, y además cartografiar las relaciones con el ser que la esculpe, que la corta y la domestica. Pero todas sus relaciones con el ser humano pueden condensarse en relaciones de textura, de acercamientos, de toques recíprocos.

Ninguna forma de la madera es más tocada que las puertas, ellas nos exigen una música contenida en las manos, unas tonalidades del movimiento de las muñecas, tonos fuertes o suaves, amenazadores o celebratorios, tonos del misterio que espera del otro lado, tonos que anuncian un encuentro. Si es cierto que a través de ellas nosotros llamamos, no es menos cierto que las puertas nos llaman a nosotros. Algo en ellas seduce al cuerpo y lo atrae. Sabemos que hay un recibimiento esperando, las puertas convierten a las casas en prolongaciones de los árboles.

◆◆◆

LAS OLLAS

Las ollas no pueden ser comprendidas en su infinitud si no se vinculan a la permanencia de los elementos primordiales. Solo el aire entra y escapa de sus predios circulares como no puede hacerlo de las paredes que tiene la olla del planeta. Quizás la sed dio origen a las ollas, cuando algún ser primigenio en su doblez de espina dorsal se agachó y convirtió sus manos en vasijas para beber el espejo líquido que le miraba.

La multiplicación de las ollas no es un hecho tan milagroso como la de los panes, pero ellas son objetos mucho más religiosos que esas hostias con forma de peces muertos. Las ollas padecen nuestras tragedias de salarios desaparecidos, esperan por recibir el esfuerzo y poner a hervir el cansancio. ¿No son sus cuerpos volteados boca abajo la expresión más certera de la pobreza? Quizás no he estado refiriéndome a otro tipo de ollas que a las que circulan en las casas pobres, pues mi experiencia impone un límite a mi reflexión. Las ollas de los pobres ennegrecen buscando los sitios que aseguren la ejecución de las recetas.

La verdadera olla es nuestro cuerpo donde el hambre se vacía. Trajinamos labores, llenándonos de sustancias que al saturarse nos arrastran hacia el piso. Sergio Quitral, en un hermoso poema titulado Pobreza, afirma que las ollas están resplandeciendo por dentro de nosotros, tranquilas allí donde el alma mantiene la mansedumbre de la llama de la vida. Las ollas reflejan nuestra condición social, casi

nunca el espíritu se cuece en marmitas, aunque es imposible desligar las circunstancias de vida con la forma que el espíritu adquiere al verterse en ellas.

Tanto en la clase media como en la alta, las olletas son más objetos de lujos que de vínculos en la convocación de las mesas. Uno las ve con las comidas por dentro a punto de vomitar, la quietud de sus rostros guarda la separación que habita entre los habitantes de esos hogares. Son cazuelas siempre frías, infernalmente heladas, ollas que desean las manos de las sirvientas para sentirse vivas. Ollas de catálogos que siempre rechinan sus precios, nunca destinadas a guardar un recuerdo, a permanecer viajando del fregador a la alacena, de la alacena a las hornillas, y envejecer con esa dignidad de uso. No son más que abuelos desechables, padres que al perder su valor de uso comienzan a no ser atractivos para los hijos y el desprecio empieza a camuflarse en caricias externas. Se les pasa duro la esponja, se busca mucho desinfectante, se traza el vaivén de la limpieza como buscando una piel más lisa, más independiente de otras manos.

Las ollas tienen en la sociedad actual la misma importancia que el agua. Nada puede edificarse sin que en su proceso intervenga el agua en una mezcla de elementos que terminaran siendo un centro comercial, o una urbanización… las ollas, sin embargo, fueron las que en silencio mantuvieron vivas las fuerzas de los obreros, vasijas de esa alquimia con dolores e injusticias. El cuerpo es la olla primigenia, donde se mezcla el caldo de dios y del diablo.

Es preciso que las ollas estén vacías, el vacío es su verdadera materialidad, solo lo que se vacía se puede llenar, solo lo que se llena se puede volver a llenar, como el alma, los sueños, las ambiciones, los deseos. Las ollas nos esperan después de largas jornadas, después de tediosos viajes, allí puestas sobre las hornillas, levantamos sus tapas esperando encontrar el milagro de una comida, soltar al aire el humo de una comprensión que se hizo sapidez. Las ollas son la continuidad de las madres y las esposas, el maquillaje externo de las mujeres. La caricia tácita de los hombres.

Es cierto que las mujeres tienen tiempo luchando contra las ollas, pues éstas se han convertido en el símbolo de una domesticación impuesta por la sociedad patriarcal. Cuando las madres, las esposas, no usan casi las ollas, es porque han logrado escalar alguna posición económica que supone un tipo de liberación, o han ocupado un puesto laboral que hasta hace poco tiempo era exclusividad de los hombres. Sin embargo, lo que muchas no logran ver, es que salen de unas ollas para entrar en otras. La organización social y económica sigue siendo patriarcal y machista. Los puestos que ellas abandonan en las cocinas no son ocupados jamás por sirvientes masculinos. En cambio, las ocupaciones externas al hogar han traído como consecuencia una mayor explotación de la fuerza de trabajo femenina; el patriarca montó la olla y ellas cayeron, allí beben la ilusión inacabable de la liberación otorgada por la publicidad y los medios de comunicación.

Toda la tierra cabe en las ollas, a ellas van a parar los frutos del bien, los sacrificios de los animales, nuestras hostias diarias. Es casi imposible que una olla sea usada como arma, aunque puede albergar el cocimiento de un veneno, o la purificación del mal como en los cuentos de hadas; pero esto es muy extraño que suceda, lo común es la continuidad conyugal entre las ollas y el fuego, las ollas y el agua, las ollas y la tierra para seguir manteniendo viva en nosotros la mezcla del origen. El mundo se cierra en las ollas, urnas redondas de nuestras sustancias, eternas fabricadoras de nubes. ¿Tienen fondo las ollas? Estoy seguro de que las ollas no terminan, son como el mar, esa olla llena de un caldo eterno rebosado de seres vivos. Los días se meten en ellas y la profundizan hacia el siempre. Las ollas, aun estando lejos de las hornillas, cocinan algo, algo seduce en sus quietudes, en sus manchas de uso, es sus golpeados costados como divinos esqueletos. ¿Alguien ha escuchado la música de las ollas? Se alborotan en las protestas y en los juegos de infancia. Suenan sus huesos por las noches, dilatados del calor que recibieron durante el día, escondidas en las alacenas a veces salen a recibir las goteras del cielo y podemos escuchar cómo disminuye el llanto de dios y termina siendo un canto que hierve en sentido contrario. Como el sonido de un amor que se cocina a fuego lento dentro de la casa.

◆◆◆

LA BANALIDAD DE LO QUE SUCEDE

El mundo natural no se construye (obvio, se deforma y se forma en su relación con la cultura, y de esta manera se puede decir que sí hay una construcción), está brotando constantemente, un permanente fluir surge danzando a nuestro alrededor. Los fenómenos aparecen y están allí sucediendo con una belleza impresionante. Nuestra percepción, sin embargo, se ha habituado a comprender lo natural como algo banal, superficial, que solo tiene importancia cuando se le encausa en forcejeos políticos y ecológicos.

Es preciso dejar de ver para ver, es decir, quitarnos los velos que las dos grandes tradiciones occidentales: la ciencia racional, materialista, física y la racionalidad teleológica, dualista, cristiana y platónica, nos ha puesto encima, los cuales sirven de marcos de referencias que anteceden a la percepción de las cosas por las cosas mismas. Siempre vamos a percibir con un esquema de conceptos que ya nos dicen qué vamos a ver o a sentir o a escuchar. Los sentidos, la emoción ha sido sustituida por conceptos, por teorías que circulan por los discursos comunes o no, y que nos impiden apreciar el parto constante que la naturaleza realiza a nuestro alrededor. Esas tradiciones no nos acercan a la complejidad de los fenómenos —complejidad no significa dificultad, significa tejido, los múltiples vínculos que nos circundan y de los cuales formamos parte—. Nuestra

forma más palpable de acercamiento es la destrucción, porque ignoramos los modos en que todos los elementos de la naturaleza se nos acercan o mutan y están en nosotros o mutamos y somos esos elementos. La mariposa que nos enseña una y otra vez el ciclo de la vida y la muerte, es la misma agua que bebemos una y otra vez. Imposible que la flor no sea una mariposa sin vuelo que se acopla al aire y al hambre y a la seducción de las mariposas. Los pétalos se nos antojan alas, los pistilos las antenas, el color de las mariposas el polen que muchas culturas han utilizado para pintar. Las mandarinas, las naranjas, los limones, los mangos, maduran en la medida en que imitan el color del sol, pero ¿acaso los frutos, todos los frutos, no son soles condensados, no es la manera que la naturaleza ha ideado para que podamos morder al sol? ¡Qué cercanía del astro que recorre el cielo! ¿Existen las distancias? La ciencia, a pesar de sus ricas explicaciones, tiende a reducir todo a la existencia de las causas, la obsesión por los signos y las partículas elementales del origen, del primer latido, la obsesión por terminar de excluir a Dios del universo, les impide apreciar las múltiples semejanzas, las infinitas combinatorias de la realidad. Y, sin embargo, solo la imaginación poética, la que trasciende lo real para encontrar sus partes ocultas, puede ayudarles a comprender y realizar consensos en torno a las partículas elementales, por ejemplo, a la teoría de las cuerdas. Se parcela y agota sus métodos en esa exclusividad, de alguna manera es ponerse una taponera en los ojos, solo ve un camino, el que se extiende hacia adelante,

las otras direcciones, los otros caminos, los laterales, los internos, los que se trazan detrás de ella no son concebidos, no son parte de la investigación. La ciencia busca en la parte el todo, pero en su modo de accionar deja los complementos del todo fuera de la parte escogida, es por ello que siempre se destroza a sí misma, se niega constantemente, porque al considerar una relación excluida se da cuenta de que el mismo elemento o la misma parte se comporta de una manera completamente diferente. Muchos científicos son conscientes de esto y tratan de vincular los métodos, establecer alianzas entre los objetos de estudios, de interrogarlo desde muchas perspectivas, con esto se devuelven al ser metafísico de la filosofía y peligrosamente suspenden la racionalidad que les caracteriza y, a la luz de los dogmas, perderían credibilidad.

La otra tradición occidental de comprensión del mundo, también es una cruel reducción de la complejidad fascinante de aparecer y brotar que tiene el universo, nos referimos a la tradición religiosa que bebió de la fuente platónica su creencia en un dios hecho de ideas, perfecto, todo creador y una materia tosca, llena de defectos al encarnar en la realidad. Sufre luego una potenciación a su dualismo esencial, espíritu-materia, idea-cosa, naturaleza-cultura; con Descartes, la separación de lo interno y lo externo, la reducción del mundo a una simple máquina que funciona perfecta y mecánicamente. El monoteísmo cristiano opera con una fórmula mágica, a las grandes preguntas infantiles, cómo se formó el mar, las

piedras, etc., se le responde que los hizo Dios en siete días. La curiosidad se apaga, como decía el neurobiólogo chileno Francisco Varela, el mundo se empaqueta y se vende demasiado barato. La fenomenología que, por ejemplo, podemos apreciar en Bachelard, acude a la mirada poética no para darnos explicaciones sino para que abarquemos la complejidad y la ausencia de las causas primordiales; solo la fenomenología poética se deslastra casi por completo de los causes causales de occidente. Pero seríamos injustos si no dijéramos que una tal fenomenología, que a fin de cuentas expresa un sentimiento religioso sin dios, ya se encuentra plasmada en toda su belleza y complejidad en el pensamiento oriental que nos llega a través del libro de las mutaciones o I Ching. Signo, símbolo, ética, moralidad, lectura de lo natural y lo cósmico en lo social y cultural con la presencia de lo poético como lazo común.

Todos los fenómenos se mezclan y se implican. La naturaleza no funciona por pares opuestos, lo alto y lo bajo, lo fluido y lo estático, la atracción y la repulsión, lo seco y lo húmedo. Ni siquiera podemos decir que sea un modo espontáneo de comprensión de nuestra psique. Dado que todos los elementos y seres están unidos, todos los pares opuestos se desvanecen cuando tratamos de captar todo el acontecer; es decir, lo fluido no podría suceder sin lo bajo y sin la atracción y sin lo seco…, y cada uno de los múltiples elementos y seres sin cada uno de los demás elementos y seres. Las implicaciones son tan recurrentes que todo brote de realidad ya es la implicación en acto,

la presencia inmediata y múltiple de la mezcla. Veámoslo con un ejemplo: el ser del pájaro no es la forma, el nombre, la clasificación de ese pájaro con respecto a otro de otra especie, el ser del pájaro es todo lo que permite su nombre, su forma…, y además su vuelo, la permanencia de su vida; por tanto, el fenómeno pájaro es la mezcla de varios otros fenómenos: la circulación del oxígeno, la brisa, los árboles, el sol, el agua, la tierra, los otros pájaros, los animales que le sirven de alimentos. De tal manera que una mirada más o menos deslastrada de las parcialidades puede decir que el pájaro es un árbol que vuela, la otra parte de las matas, el canto del sol, y todo eso sería cierto. Lo poético coincidiría con la realidad del fenómeno.

Para que lo realmente importante surja como importante, se debe reeducar la percepción, desaprender los esquemas de aprendizajes ofrecidos hasta ahora en el dominio interpretativo que occidente ha ejercido sobre la realidad, no se trata tan solo de la desvalorización de lo encontrado por la valorización de lo construido, propio del sistema económico y cultural vigente. Nos estaríamos contradiciendo si excluimos estas consideraciones, pero también se trata de ir en contra de un modo de producción de la percepción, dirigida a banalizar los fenómenos naturales.

◆◆◆

LOS SECRETOS DE LAS SILLAS

Me gusta mirar los muebles de las casas, sus disposiciones, en las que parecen ocupar siempre un lugar exacto. La manera de cómo cubren los espacios de la salas, pasillos y comedores, ofrece la sensación de que todo orden es humano, sensación que se mezcla con el asombro de un viajero al llegar a tierras extrañas si en ciertas ocasiones la distribución de los muebles es alterada.

Ningún otro objeto recibe más polvo callejero que ellos, a ningún otro molestan más los niños y los ancianos. Los primeros construyendo improvisados trenes y trampolines, los segundos convirtiéndolos en oportunos salvavidas que les ayudan a pasar el estrago de un vértigo o el acoso de una tos.

Los muebles no pertenecen a una casa sino a un hogar, las más de las veces guardan relaciones fraternas con las mujeres ya que son ellas las que se encargan de bruñirlos y cuidarlos, ornarlos y remecerlos en sus manos.

Sé que los muebles poseen un rumor que fascina a los insomnes y a los gatos. Dentro de sus maderas maquilladas se escucha la fricción de las hojas al ser batidas por el viento, el chorrear de los vados por entre inmensas piedras, el crujido de las fotosíntesis coartadas, el canto atascado de los pájaros, pues muy a menudo olvidamos que los muebles son árboles caídos. Quizás sea esta la razón por la que de vez en cuando vemos a las hormigas buscar algo en ellos.

Todos los enseres mobiliarios tienen la facultad de escuchar y almacenar verdades dichas en momentos de apremio. Las lámparas, por ejemplo, penden desde el techo emulando al sol, cobijando con su luz los pensamientos de los solitarios y de los atormentados, esparciendo miríadas de calor en alcobas donde los amantes callan o gritan sus dolores y frustraciones pasionales. En las mesas se reinician nuestras fuerzas y nos desocupamos del egoísmo. Su mantel convoca a reunir y a compartir, no solo el pan y el vino, como en la última cena, sino también miradas, gestos y alguna que otra remembranza.

En las mesas libramos nuestras cotidianas batallas contra el resto de la naturaleza, convirtiéndolas temporalmente en camposantos, a semejanza de nuestros cuerpos. De entre todos los muebles me asombra la inverosímil humildad de las sillas. Su condición esencial de ser confesionarios sin penitencias. Las sillas soportan nuestros pesos y cansancios, y algo más asfixiante, nuestras sombras. Hay sillas, sin embargo, que solo decoran espacios por donde los habitantes de la casa nunca trajinan, nunca se sientan a tomar un café, ni siquiera en momentos en los que irrumpen visitas inesperadas, esas son unas sillas que siguen siendo mercancías, sus acicalamientos dan tristeza, sus pobres texturas traslucen la quietud de una falsedad cuyo destino es ser admirada. Tampoco es agradable el cruel uso que a las sillas se les da en hogares donde son escasas. Las ropas lavadas son colocadas en sus respaldares, fungen de escaleras y de mesas, de pupitres y de objetos que satisfacen los

caprichos lúdicos de los niños. El paso de los manoseos las acaba, las desconcha, sus esquirlas sirven de cuñas para sostener a las puertas, los pedazos más largos y anchos son usados como anaqueles en algún escaparate arrumado para sobre ellos colocar santos o peroles que no se quieren botar. Estas sillas de inope coqueterías merecen el descanso. Demasiada historia acumulada termina en destrucción. Hay poetas que nombran a las sillas y exaltan su soledad de objeto a pesar de admitir sus pasados, quizás procuran un equilibrio entre lo que son en relación con los hombres y lo que son en sí mismas. Dice Reinaldo Pérez Só:

"esta es una silla/sólo una silla/en ella/se sentó mi padre/mis hermanos/todos/mis mejores amigos/ahora está sola/sin nadie/una silla".

No han sido pocas las traiciones que se han tramado sobre las sillas en aciagas horas. También no son pocos los sueños que se hilvanan y las ebriedades que en ellas atracan. No hay daga que no dé o que no reciba el corazón, que una silla no conozca y no pueda amortiguar. ¿Cuántas veces no se acaban amores en salas desoladas en las que los amantes enjugan sus tristezas y sus dolores?¿No son las sillas seres nostálgicos en cuyas presencias abundan los recuerdos de instantes en los que la felicidad logró detenerse un poco?¿Y a cuántas personas no las sorprende la muerte sentados cómodamente leyendo un

periódico?¿Y cuántas otras no ven pasar la vida atados a una silla, irremediablemente hundidos?

Y es que el hombre no soporta estar parado durante un tiempo exagerado, por eso en las escuelas abundan las sillas mientras son escasas o imposibles de hallarlas en las cárceles, aunque en ambas instituciones su ausencia forme parte del castigo. La silla es símbolo de reflexión y poder, así no exista mucho poder en la reflexión ni mucha reflexión en el poder. La imagen de Dios sentado en un trono de oro desde el cual vigila a justos e impíos, subió desde la tierra como una lluvia, subió desde los tribunales mundanos que sirven para traficar con nuestra mortalidad, como en la silla eléctrica que muestra toda la ironía del poder y nos ofrece un asesinato cómodo. En las sillas se han elaborado las más impresionantes teorías, bombardeado a pueblos enteros, acordado los desastres más intensos de la violencia humana, y se han escrito los más logrados poemas, cuentos, canciones…

◆◆◆

COMUNICACIÓN Y SOLEDAD

EL RUIDO: LA ESCUCHA PARTIDA

La sociedad industrializada ha llenado al mundo con su ruido, ruido que se multiplica y tiende a abarcar todas las zonas del planeta, incluso tiende a situarse como función del pensamiento y, por tanto, a formar parte de las palabras, las cuales comportan o llevan dentro de sí un ruido que coarta todo tipo de comunicación o que lo convierte: de diálogo productivo y placentero a monólogo angustiante y enfermizo; soliloquio castrador y enajenante.

Quizás todo radique en la esencia de la máquina, no solo porque ella simboliza la presencia del ruido en nuestras vidas, sino porque toda máquina nace para romper los lazos de comunicación en el trabajo, nace para individualizar y forjar la atención en ella, ni siquiera en el producto, que al menos en teoría, sería una propiedad social, colectiva; la máquina marca el ritmo del consumo y es la esencia de su filosofía: cápsula que anda envuelta en sus propios pensamientos mientras consume tiempo y fuerza física y espiritual.

El ruido artificial sustituye al "ruido" natural. Los carros por puestos invaden los caminos y han obligado a abrir vías de comunicación que luego son asfaltadas eliminando así otro goce que se había heredado de las sociedades pre-capitalistas: el disfrute de escucharse caminando, el trote de los caballos o de los burros, el andar tocando la tierra. Es cierto que aún hay espacios donde esto último es posible; pero son cada vez más

escasos y, muchas veces, la velocidad de la sociedad actual borra el disfrute, que necesita para ser tal, del sosiego, del tiempo dominado, del ocio. Y es que la velocidad que se ha impuesto a las relaciones humanas hacen que estas sean, en medida creciente, cada vez menos humanas. Hoy, más que nunca, las relaciones entre las personas son relaciones entre las cosas, con el mercado marcando sus valores; donde había lo humano aparece lo animal, donde hay belleza se esconde la fealdad, donde hay riqueza subyace la pobreza. Los extremos se tocan y se trastocan unos en otros. La vida artificial se considera como la más lógica, y la más natural como una pesadilla, como algo ilógico. De esta manera la sociedad lanza hacia los seres humanos los ruidos de su funcionamiento, pues ella misma es una gran industria que hace circular a sus empleados y cada cual reproduce sus propias estridencias, con las cuales se miden y se identifican, ejemplo de ello, los carros y los celulares.

El trabajo planifica el uso del tiempo, el tiempo del ser humano ya no le pertenece, es alquilado a la industria y esta busca la manera, no solo de acelerar el ritmo de trabajo, acortando el tiempo dedicado al mismo, sino que procura que el tiempo que ella misma va dejando libre también se vuelva trabajo y, por tanto, esté planificado por el domino del capital, de esta manera surge la industria del entretenimiento, las grandes trasnacionales del marketing, las empresas que penetran en las intimidades y las transforman en espectáculos, el obrero comparte su puesto con el usuario de… Para que no quede nin-

gún escollo de individualidad; pero lo trágico no reside en la proliferación de centros comerciales, de procesos publicitarios obsesivos y paranoicos, lo trágico no reside en que la sociedad sea una producción en serie de personas que juegan los mismos juegos, hablan de la misma manera, usan las mismas ropas, viven y mueren de la misma forma, sino que todo ello se conjugue para desolar las relaciones humanas, y aquí vuelve a funcionar el juego de la oferta y la demanda: mientras más el mercado anuncie nuestras uniones más estamos separados, mientras más medios de comunicación se fabriquen más solo se siente el ser humano, pues en ninguno de ellos se le dan las herramientas necesarias para comprenderse.

En las industrias las máquinas son prolongaciones del cuerpo humano. En el mercado, en la industria publicitara, en las cárceles con vitrinas los sentidos de las personas son prolongaciones de las máquinas, ejemplo de ello, los celulares y los carros.

LA SORDERA SOCIAL

Hemos adelantado más arriba que el ruido de la industria, que no debe ser entendido solamente en su acepción de intromisión percibida a través del oído, sino como obstáculo entre los seres que se comunican, impidiendo que el amor y la ternura, la compasión y la comprensión, lleguen a sus destinos; hemos dicho, que un tal ruido se ha enseñoreado de las palabras, del lenguaje, del habla y los hombres tienden a convertir

el diálogo en monólogo. Queremos aclarar, sin embargo, que el monólogo no es una actividad solipsista, privada; se tienden los puentes comunicativos, las personas hablan, pero no se escuchan, se ha implantado una especie de sordera social. Fernando Mires ha analizado un nuevo ser humano producto de la barbarie del sistema capitalista (Mires.F.1998), este ser humano se ha desdoblado, ha sacado sus contenidos de agresividad y lo ha desplazado a sus relaciones sociales, está convencido de que su vida es lo único que importa, y no existen símbolos sociales donde proyectar ni la bondad ni la maldad que polarizan su psique; narcisismo social, lo ha llamado Mires.

La sordera social se generaliza, y la escuela, en tanto que sistema que reproduce las condiciones de vida del capitalismo, contribuye a profundizar este aislamiento, el cual solo puede ser desmantelado por el afecto y por el dinero. Y aquí tocamos un punto sensible y de gran importancia para comprender por qué la sordera social se torna una realidad que se nos impone y tiende a neutralizar nuestros esfuerzos de acercamientos: las palabras son las destinadas a unirnos, ellas transportan las cargas de afectividad que nos encadenan, nos unen, nos permiten ser especie y trascender en la historia. El mercado de la velocidad, la tecnología de la individualización, la escuela de la separación, nos han convertido en seres que solo quieren expresarse, quieren ser oídos y en esa medida perdemos capacidad de escuchar a los demás, nuestras conversaciones giran en torno a nuestros propios problemas; así lo afirma Milán

Kundera en un pequeño ensayo titulado El Ruido, las palabras mismas se han convertido en bullicio. El hombre, al perder su capacidad afectiva vacía su lenguaje, lo torna hueco, casi inútil. ¿Qué tipo de conocimiento?, ¿cuál modo de sentir podemos anteponer a esa ola gigantesca de no entendernos que nos sigue arrollando?

LAS VOCES QUE SOMOS

El lenguaje no comunica. Lo estamos experimentando colectivamente con el sistemático vaciamiento a que es sometido por los aparatos de "comunicación". El discurso oral se empobrece paulatinamente, no porque carezca de la verborrea academicista, sino porque no acarrea los tonos del afecto que es lo que encadena. Me estoy refiriendo al afecto signado por Eros. El vacío que deja esta ausencia de palabras afectivas en el sentido antes indicado lo llena la violencia con sus valores de desapegos, o este con sus valores de violencia. Por ello lo que hasta hace mucho era comportamiento dirigido por relaciones amorosas entre amigos y familiares, ahora es un tejido de actos en los que no se sabe por qué se hacen las cosas. El alma no halla la manera de salir, el lenguaje se está secando y con él nuestros lazos, nuestros acercamientos.

La literatura, ante estos acontecimientos, se muestra impotente e inútil, innecesaria, porque el desecamiento del lenguaje supone una disminución de la facultad de escuchar y de leer y viceversa. En este sentido, el panfleto y el folletín

tienen más oportunidades de llegar a la población que el resto de los estilos y géneros literarios, lo que también puede entenderse como una vía de escape a la idiotización colectiva que se induce a través de los avances de la microelectrónica. Los pequeños videos que nos inundan poseen toda la estructura de la esquizofrenia, pasamos cada uno de ellos a una velocidad sorprendente y se conforma el mosaico de lo desechable: chistes, recetas, filosofía, perritos, gatos, denuncias, historia… Todo por pedacitos, pequeños bloques que tienen por finalidad vender los nuevos productos: los pequeños videos, y además dividirnos en esas múltiples piezas que forman un caos de imágenes solo conectadas entre sí por la percepción que, de una u otra manera, es violentada.

La cultura capitalista educa bajo la techumbre de la desvalorización de la vida, es en ella que hay que buscar las causas de las distancias que nos separan. En la medida en que el trabajo sea más sofisticado más se abre la brecha entre el humano y la naturaleza, que es igual a decir entre el humano y él mismo. Aunque en la dependencia económica de nuestra cultura el cuerpo encuentra formas de comunicación en las que el lenguaje, por más rico que este pudiera ser, es insuficiente para expresarlo. El cuerpo se comunica, es la parte más importante de la comunicación, la industria lo vuelve imagen, lo distancia, lo aparta. Después de ello las palabras son meras constataciones. Y la comunicación debe empezar por la conciencia de estar vivo durante un efímero de luz y de sombra. El olvido de

la muerte es peligroso, porque su presencia nos involucra más intensamente con la vida.

No queremos ser comprendidos como pesimistas, precisamente queremos llamar la atención de los procesos de vaciamiento que la sociedad capitalista está produciendo en los actuales momentos; pero sabemos que el lenguaje es una fuente permanente de poder imaginario, que su capacidad de simbolizar y narrar, su extraordinaria capacidad de curarse y marchar a pesar del hombre mismo, nos permiten tener confianza de que el devenir se debatirá entre los esfuerzos por romper lo que nos separa y la comprensión de que el hombre, en tanto ser que habla, está formado por muchos seres que conviven dentro de él, que no hay individuo sino en la artificial vitrina de la industria; en los pueblos, el lenguaje oral, el lenguaje poético sigue siendo la cura de las heridas que el hombre se propina en las guerras y en sus locuras culturales. Todos estamos constituidos por muchos yo, por múltiples voces. Procuremos que estas voces sirvan para abrazarnos y acompañarnos.

◆◆◆

SERIES, MOLDES Y FUGAS DE PRODUCCIÓN

La sociedad capitalista debe considerarse, en cada uno de sus momentos, como productiva, no hay una sola de sus instituciones ni una sola de sus formaciones culturales que no estén signadas por la producción, de tal manera que la producción no es un concepto que se deba acuñar para referirse al funcionamiento de las industrias nada más. Toda la cultura capitalista, su cotidianidad, sus costumbres, sus modos de hacerse y rehacerse, construirse y desconstruirse, son funciones productivas. La base de la industria, y por tanto de la cultura, es la producción de moldes en serie. El mercado se las arregla para servir de vínculo general a todas las relaciones entre los moldes producidos, cuenta para ello con el uso y la circulación de la mercancía universal o dinero. Lo que Marx denominó la superestructura ideológica no puede seguir siendo entendida como las representaciones de una falsa conciencia surgida desde la base material del modo de producción. Si nada más nos rigiéramos por esta adecuación entre superestructura y estructura estaríamos dejando a un lado la complejidad del asunto de la producción y el consumo, entendiendo complejo como un tejido que se teje a sí mismo, una entrada se une a otra entrada, un flujo de ideas a otro flujo de ideas, de tal manera que sus bordes se confunden, se enlazan, se unifican y se dirigen al mismo objetivo: no permitir la visión de otro ordenamiento

social. Acoplamientos entre las partes y los sistemas y funcionamiento de engranajes ideológicos discursivos. La superestructura en la estructura y viceversa.

Quizás el destino de la humanidad se juega en la posibilidad de quebrantar o no el ordenamiento educativo vigente. Moldes y series en la realidad cultural son funciones estrechamente dependientes del sistema educativo. El molde determina la serie y la serie distribuye los moldes. No se piense que el sistema educativo se resume a las instituciones escolares en cualquiera de sus niveles. Veamos. Si del sistema educativo parten hacia el resto de las instituciones una línea de series de moldes acoplados al sistema de la producción, quiere decir que el sistema educativo se extiende hacia esas otras instituciones que a su vez sirven de engranajes reproductores de los moldes, sino fuese así el sistema económico podría detener su marcha productiva. Todas las averías en los engranajes e incluso en los moldes, son pronto reparados por el sistema general de producción tanto ideológica como material. El fin último del sistema es la producción en serie de diferentes moldes consumidores y consumistas, moldes que se consumen en la medida en que consumen lo producido.

En una época determinada, la clase social dominante de esa coyuntura histórica impone un molde y una producción de la subjetividad de acuerdo a sus intereses de clase, incluyéndose ella misma por su puesto. Los moldes solo varían de acuerdo a su posición en la estructura social. Los discursos estarían otorgando las diferentes formas de los moldes, pero sin variar la sustancia

que se vierte en ellos. De tal manera que un barrendero con forma y características sociales de vida propias a su oficio, también es un ser que se consume en la medida en que trabaja y es un ser que prefiere pertenecer a otro molde material, lo cual se le niega y entonces lo desea en el campo del imaginario, porque al fin de cuenta un consumidor de los productos del mercado, apetece el dinero, ambiciona otras mercancías que su condición no le permite obtener.

Cada grupo de series se desliza por el tramado socio cultural reproduciendo el sistema general de producción y, por tanto, mantienen la marcha del sistema capitalista. El movimiento de las series supone la eficacia de los moldes producidos. Cada molde contiene una subjetividad inducida; la personalidad, que puede ser algo más amplio que la subjetividad, se adapta a esta y terminan confundiéndose. La serie actuando en conjunto con las instituciones que la han producido, es decir, la superestructura y la estructura acopladas en un mismo objetivo deben asegurar que la personalidad no rompa el molde de subjetividad; que la serie no tenga posibilidad de ruptura; pero esto no es posible, en la marcha del proceso productivo siempre hay fugas de producción que pueden generar otra moldealidad, y por lo mismo, la marcha de otras series: los discursos poseen ámbitos de conciencia que permiten la reflexión sobre las condiciones de clase social, permiten sentir el orden de cosas como injusto, y así el discurso puede desviarse del ordenamiento general de los moldes y comenzar a generar una moldealidad diferente. Se trata entonces de saber desde dónde se

genera la fuga, desde qué momento de la producción, desde cuál posición de clase. Si la fuga se genera desde el gobierno, puede haber un cambio paulatino en la producción de moldes que al fin y al cabo es producción de identidades, pero para ello el sistema educativo debe comenzar a producir otras líneas de series de moldes que desestabilicen las instituciones y modifiquen su funcionamiento. Esto tiene grados de penetración. Discurso no se refiere solamente al encadenamiento producido por el lenguaje. Las diferencias entre los moldes generan un discurso que se sitúa fuera del lenguaje, muchas veces fuera de la conciencia, pero genera un comportamiento, este comportamiento es a la vez otro discurso, disociado generalmente del habla. Las fugas de producción tienen como objetivo captar esos discursos que aún no tienen lenguaje y darles existencia más concreta para poder destruirlo o fortalecerlos aumentando su producción y su distribución.

Si el sistema educativo no cambia la filosofía para la cual funciona, es decir, si solo se cambia la manera de comprender la realidad, la realidad sigue siendo la misma, no cambia por ello. Si el discurso está dirigido a producir de otra manera dentro del marco del sistema capitalista, solo se está generando otra serie de moldes que el sistema puede asimilar fácilmente. La posición de clase no determina la posición del pensamiento. Se puede ser de la clase dominante y pensar como un dominado, se puede ser de la clase dominada y pensar como dominante, se puede ser dominante – dominante y dominado-dominado; ahora bien, en ninguno de estos casos se producen puntos de fugas, reinicio del sistema según otro modelo de producción, esto

solo es posible cuando un dominado ocupa la posición del poder y piensa desde la liberación.

Pensar desde la liberación acarrearía una serie de rupturas en otros puntos del sistema. Cuando se conoce desde la liberación, los mismos conceptos que sirven para dominar pueden servir para liberar, desde el punto de vista del dominio, por ejemplo, el habla del pueblo "carece de estilo", es entendida desde sus carencias, de forma negativa al compararse con el habla culta o de la clase dominante. Desde la liberación el habla del pueblo contiene sus modos de no dejarse dominar, no hay carencia, hay resistencia, forcejeo, defensa. En el pueblo el habla es principalmente música y si en esta partitura las eles se encajan en supuestos sitios indebidos, si en esta gran composición de lo heterogéneo el destino de los morfemas se extravía, qué importa lo que diga la real academia, nosotros estamos cantando y en ese canto hay rechazo del dominio, anclaje en la tierra y en la historia. De esta manera, desde un lenguaje que, para existir no necesita ser comparado con ningún modelo académico, se puede inventar una forma de entendernos y de comprender el entorno con la menor intervención posible de una ciencia que ha servido a los más funestos intereses de dominio, que se ha enrevesado en sus propias ataduras epistemológicas y trata de remendar lo que ella misma ha contribuido a romper, el equilibrio del ecosistema planetario. Como lo afirma Kurosawa en uno de sus Sueños, solo necesitamos para vivir aire puro y agua limpia. Entonces debemos preguntarnos, ¿desde dónde piensa nuestro sistema educativo?

Quizás todo comience con una serie de moldes subjetivos de personalidades que no se dejen intervenir por el dinero.

◆◆◆

CARTA A LA MUERTE

Estimada compañera:

En estas últimas semanas he pensado mucho en ti, es decir, un poco más de lo acostumbrado. ¿Recuerdas que en el hospital te la pasabas rondando los ojos de los enfermos y arrojando en ellos el vértigo de la lejanía? Pero yo también te contemplaba vestida de corazón, permitiendo que las voces elevaran plegarias y las personas abrazarán a sus familiares y amigos como si fuese la primera vez. Y entonces, querida amiga, una tarde cantaste en un delirio que abrió un abismo en el aire y escarbó en la piel de las sombras, y una anciana miró hacia a ti con la dulzura en su canto y en ella uniste el principio con el final. Muerte, solo tú sabes lo difícil que es vivir.

En el hospital estabas a la misma distancia de Dios; porque tú, muerte, eres su tregua, la prolongación de todas sus criaturas, la posibilidad de que el padrenuestro sea una esponja de miel en nuestras bocas. Yo te vi pintar de blanco el rostro de una niña, quien se fue contigo sin ningún reclamo, pero todavía sintiendo en su piel la fiebre de la injusticia. Sabes que todos andamos por el borde de un precipicio, a un palmo de la caída.

Disculpa si molesto tu tranquilidad, digo, esa paz de la que gozas en mi vida, mas, preciso decirte algunas cosas: fíjate, si me enfrento a las derrotas con la solvencia de la paz, si me

enlazo al duende de las alegrías y no me dejo absorber por su desaparición, sé que tú lo haces posible. Tu palabra tan corta y eficaz no es de tristeza ni de nostalgia, es un paso, un destello de elevación del alma en la tierra. Te aseguro que no estoy utilizando la ironía cuando coloco palabras en tu boca, muerte, porque tú te comunicas a través del silencio más puro; por eso mismo todas las voces te pertenecen. Si el segundo de la belleza pasa es porque en lo efímero reside su goce, su disfrute.

Muerte, sé que es un error pretenderte alejada, sumergida en otras atenciones por los pasillos de tu misericordia. Eres la luz de la vida, por eso te ofrezco esta carta. Cómo no ver tus amarras en estos botes de piel y tormento. Solo por tu presencia sé que mi cuerpo es plural, que es un viaje a nada, una lucha perdida de antemano. Aquí la culpa no tiene hospedaje. Muerte, desgarradura de los juicios.

¿Cuántas veces han dibujado tu figura siempre proyectando el horror humano en tu transparencia? Un luto permanente, una cosechadora de almas; una guadaña que acecha con el rostro duro en la amenaza; a ti que permites la salida del sol; a ti que favoreces la reproducción incesante del ciclo de la vida, que llegas para desamarrarnos del cuerpo y nos dices una y otra vez la claridad que somos por dentro. Muerte, anatomía de la evaporación.

Déjame describirte según te ido descubriendo; déjame aproximarme a tus proporciones, a tus atributos, usando otras comparaciones: la muerte no lleva ese artículo neutral e indicativo.

Toda muerte es mi muerte, es nuestra posesión, no una visita que repentinamente nos saca del camino. Mi muerte es mi camino. Ciega, solo abre los ojos en el instante en el que yo los cerraré para siempre. Su ternura entra al cuerpo en el brevísimo soplo de un aletear de colibrí, y entonces se tiene otra conciencia de la vida, la sentimos en todas sus dimensiones y anhelamos una oración. Todo inútil para ti. No nos escucharás jamás, contraste de nuestro ruido, eterna tejedora del silencio.

La muerte es un caballito de oro bebiendo la mudez de las piedras. Una llovizna que extrae una rama nueva en el tronco inerte en los barrancos. Las manchas de las aceras por donde nuestros pasos se desgastan. El ojo del toro delante del hambre. Ese descuido con que la rata también se transforma en veneno. El destello del sol en el movimiento de las culebras. La muerte tiembla en la soledad y nos consuela de los golpes con que la vida suele formarnos la humildad. Nada logro con hacerte preguntas, solo delato mi imprudencia, mi manía de creerme humano. La muerte acaso es el rayo que detiene el transcurso de los espejos. La frescura en la mutilación de los pastos, la sensación que surge después de bebernos los ríos. Disculpa que el autor haya cambiado de la primera a la tercera persona, son conjunciones inevitables.

Sé que estas palabras no llegarán a ti. Me ilusiono pensando que tornarás a la carne y despojada de los verbos oscuros con que te cubrimos la leerás sentada a la diestra de los dioses. Pese a toda tu sabiduría, no puedo dejar de regalarte

algunas advertencias: no creas en nosotros, nunca abras tu fe en el ser humano. No te pienses esqueleto inverosímil navegando corceles de venganza. Que nuestra mudez no sea una invocación a tu delirio, que tu delirio no nos enmudezca.

Es cierto que perdemos el tiempo en destruirnos los unos a los otros; pero es la vida la que produce esas armas, es la vida la que multiplica los peces del asesinato, lo grotesco de las guerras. No te contagies, sigue siendo tan solo lo que eres: una espera. Nunca creas que es verdad que tú nos haces daño. No estamos acostumbrados a nuestra mortalidad, no te involucres en este tipo de problemas. Sigue siendo lo que eres: el muro donde rompen todas las preguntas.

Siempre tuyo.

◆◆◆

QUE TRATA DE MI ALMA

¿Cuántas veces he escuchado que el alma es una sustancia incorpórea que se resguarda del mundo exterior utilizando nuestros cuerpos como escaparate o cajón?; ¿cuántas veces he escuchado que ella solo espera nuestra muerte para salir elevada al cielo y llegar al paraíso o al infierno según nuestra acumulación de pecados? Esto nadie lo sabe, quizás tenemos algunas sospechas, lo deseamos de tanto sufrimiento padecido en esta vida real que tiene múltiples fechas de caducidad. ¿Cuánto le deben las religiones a la poesía? En relación con el lenguaje, la deuda es infinita; pero en relación con la verdad que intentan mostrar, la poesía es terrenalmente cierta, concreta, no promete nada después de la vida, no se ata a ningún dios para consolar falsedades. Pero esto es asunto de otro artículo, si es que me animo.

Hasta nosotros llegan los coletazos de la sociedad pre-moderna europea: que preparó la llegada del sistema capitalista bajo un estricto orden de ascetismo y represión de la sexualidad. El alma fue esa entidad necesaria para lavar al cuerpo una vez cayera en el fango del deseo; al igual que Dios y Lucifer, el alma no es un ser material, pues la materia se corrompe fácilmente. El orden familiarista que existió en la sociedad medieval continuó prevaleciendo en la formación de la modernidad, y llegó a nosotros a través de los franciscanos y jesuitas durante el proceso de colonización.

La familia es una consecuencia de la formación conventual, la pureza del cuerpo y la internalización de la prohibición sexual, aunado, por supuesto, a la disciplina, pasaron a ser los principios de la formación familiar: el padre era un monje, la madre una virgen y el hijo la redención del pecado. Se hizo urgente la creación de un cuerpo interno que se mantenga puro ante la tentación de la carne. Ninguna otra sociedad le ha dado más carácter interno al alma que la cristiana; muchas otras la han concebido como un principio activo que animaba todas las cosas y los seres incluyendo en estos al ser humano. En esta sociedad hasta el alma tiene un carácter privado.

Pues bien, niego en mí la existencia de esa alma pura, no la quiero. Es curioso que Ambroise Bierce, en su "Diccionario del diablo", asocie el alma con la digestión, un proceso de putrefacción de comidas y malestares que se fijan en ese órgano que debería ser el sitio donde el alma, sea el humo que sea, se aloje. Digo que es curioso porque mi amigo Federico opina algo parecido y jamás ha leído un solo libro; Federico afirma que el alma se evapora junto con los gases estomacales. El poeta Antonio Trujillo, en una conversación que sostuvimos hace ya bastante tiempo, la situó en el cuello y, un viejo amigo cuyo nombre no recuerdo, decía que el alma estaba incrustada en la médula espinal. No me importa mucho dónde se encuentra, lo más probable es que sea en todo el cuerpo, por dentro y por fuera.

Mi alma, si existe, es una manera de entender la realidad, ella se contamina con la presencia de las cosas, vive desde mí y a

pesar de mí; no la puedo controlar, me permite ver un más allá en lo mediato, las relaciones internas entre diversas realidades. Mi alma no deplora ni el bien ni el mal. Yo no resguardo su lumbre, solo soy el medio de sus impulsos. Pero no se piense que es algo ajeno a mí que domina mis actos; no, mi alma es mi conciencia acechándose a sí misma, la atención permanente al movimiento del mundo, a los absurdos de los actos, a la repetición de lo que no tiene sentido.

Mi alma, si existe, es un órgano, con él me interno en la caja del sol donde solo soy una asfixia que sueña con las tonalidades de sus fiebres. A ella le debo mi amor por la oscuridad, a ella le debo ver en la confusión, ya que me he dedicado a templarla en las humillaciones, en los rechazos, en las enfermedades… Mi alma es el mismo cuerpo que se comprende más allá de sus concepciones intelectuales, más allá de los consensos sociales. Cuerpo que disminuye su sufrimiento porque ya se sabe perdido en la tierra sin infierno ni gloria. Cuando yo muera, ella morirá conmigo, no subirá a ningún sitio, de eso estoy seguro. El respeto por toda vida es el principio fundamental de mi alma, ella me prolonga para sentir al mundo, no para destruirlo.

Saber que los actos portan un regreso, un devolverse al punto de partida, que el lenguaje no puede evitar que salgamos de una estructura de repetición que nos hunde en un malestar de ser atroz, casi sin salida, es algo que le agradezco a mi alma. Esa comunicación sin palabras que existe entre mi cuerpo y algunos animales, todas las matas, los ríos, el mar… es un descubrimiento de esta

alma que se niega a llamar pecado a la caída en el cuerpo amado; es decir, en la presencia que se deja atraer.

Mi alma lee el despojo de los trapos en la cuerda de los desatinos, olisquea la ternura en la desnudez de la ciudad. Bebe el atrevimiento de las arañas y hierve en la prostitución del azar. Con mi alma indago una canción dentro de mis heridas, la restitución de mi nombre al amanecer. Alma sucia de ilusiones, de creencias, manchada de compañías; porque solo existimos en la mezcla, en la impureza. Creer en la pureza nos conduce a desear lo que no somos, lo que no podemos ser.

Mi alma, si es que existe, es un gallo que canta dentro de mis ojos la permanente traición de la vida. Atraviesa el decorado de mis pertenencias, un brillo que se enreda en el remanso de los zamuros. Ella es externa e interna, vive en mis huesos y se escapa y regresa en las palabras. Escribir un poema se me antoja un baño de alma, el registro de lo que ella descubre en el misterio de la vida. En mis poemas quizás se encuentre la estructura de mi alma, o tal vez, si me dedico a buscar más en ellos, me daré cuenta de que mi alma es plural, que no es un yo dictando su egoísmo, sino una multitud, un pasado que se rehace, un presente que eternamente brota.

Por mi alma he aprendido amar la cópula de las abejas, las poses de las iguanas sobre las piedras bebiendo el sol del mediodía. Por mi alma he aprendido a escuchar el efluvio de las voces que recorren las paredes, no dentro de las tumbas; quiero entender a mi cuerpo más allá de sus límites de piel. Sé que mi alma me unge con el éxtasis de las goteras cuando anidan sus manchas en

el piso. Por mi alma recibo el juego de luz y sombra en sus milagrosos modos de suceder, como las porciones de hostias que Dios nos obsequia cada día. Por mi alma degusto el amor desde todas sus fuentes y sé que la soledad es una ilusión que perdura hasta minutos antes de partir.

◆◆◆

CUANDO YO ESCRIBO

Cuando yo escribo se abre una atmósfera que de manera ordinaria no pertenece al espacio común que todos conocemos, ese que soporta nuestros pesos; es un ámbito que se ha despojado del destino, que ha detenido lo fugaz, aunque no al tiempo. El tiempo transcurre, es ilusorio no creerlo; pero solo se enfoca en traer recuerdos futuros y mezclarlos con los del pasado e inventar así una historia, un artefacto del lenguaje pleno de vida. La palabra artefacto no me gusta, pero nada me impide escribirla.

◆◆◆

Cuando yo escribo, es lamentable, no estoy pendiente del aquí y el ahora; por tanto, las voces humanas no me dicen nada, no recuerdo los rituales de amistad, las costumbres con tal o cual persona… La memoria se activa y da paso a la sed del alma: fotografiarse a sí misma; conocer las miserias que nos fundan; dialogar con el ser humano y pasear por lo irremediable; trazar dibujos luminosos y colgar allí preguntas y respuestas sombrías, las figuras que advienen con terror y nos convierten en testigos inevitables. Cuando yo escribo no soy, solo estoy, y esto no es tan seguro. Después de escribir las resonancias de ese espacio creado siguen conviviendo conmigo, y puedo pasar por el lado de mi mamá o mis hijas y no las veo; así que puedo afirmar que estoy a medias; un casi estar.

◆◆◆

Cuando yo escribo dispongo de un ritmo que, muchas veces es previo, y otras veces surge en el mismo momento de la escritura; pero nunca se sabe con precisión hacia dónde llevará. Solo el ensayo goza

de esa virtud. Una novela no; solo tiene un punto de partida y uno de llegada, lo que se extiende entre estos dos polos no lo sabe el autor, pero casi siempre lo saben los personajes, los cuales pueden cambiar el final en aras de una mayor credibilidad de sus vidas.

◆◆◆

Cuando yo escribo no tomo en cuenta que pudiera no ser publicado, esto no me importa, aunque después ande viendo dónde consigo un chance. Pero un poeta, un escritor, no puede tener como principio de sus inquietudes ser editado, ser reconocido o todo lo que huela a comercio en este particular; no, debe escribir para limpiar la sociedad en la que vive, para darle un giro extraño al planeta; para desentrañar su misterio y hacerlo comprensible; debe escribir para acompañar al ser humano en sus tragedias y en sus comedias y danzar junto con él sobre las brasas de lo inesperado. Escribir es un ejercicio de placer, de erotismo.

◆◆◆

Cuando yo escribo le ofrezco un homenaje a mis afectos, familiares y amigos; le brindo un agasajo al ser común y corriente, como yo, y le digo: mira, este libro te contiene, esta historia se detiene a mirarte, este poema proviene desde las resonancias de tu vida. La historia de los que no tenemos historias, con sus avatares y sus modos de hablar, de contarse, de amarse, de mentirse, de hacer el amor, de drogarse o asesinarse; allí estamos, compartiendo un espacio que, aunque parezca copia de lo real, se ha nutrido de lo efímero, de la ironía, del absurdo y nos permite comprendernos mejor.

◆◆◆

Cuando yo escribo tengo presente atravesar las diferentes capas de lo social con una cámara: ir hasta uno de sus fondos en donde muchas personas comen el polvo de los finales, verlos, tratarlos, y traducir sus eventos y respetar sus modos de ser y de conversar; proseguir hacia aquellos que luchan por no caer más bajo y se esfuerzan por ser auténticos, así sea renunciando a muchos amores, promesas o tentaciones, y esto también es válido para los que ostentan el poder. Una novela, muchas veces, crece hacia el caos igual que la historia y el cosmos.

◆◆◆

Cuando yo escribo, desecho los moldes o, al menos, hago el intento: el cerebro crea moldes donde luego vertimos palabras y casi siempre decimos lo que tenemos que decir dentro de esos límites; es difícil verlo, pero es real y, sin saber cómo, caemos en esa producción de hormas o modelos. También es casi inevitable repetirse. Por ello hay que cambiar de géneros, romperlos, mezclarlos, irrespetar a la literatura, reducir sus nefastas influencias. Y aun así…

◆◆◆

Cuando yo escribo intento negarme, ir en contra de lo que ya me estaba conduciendo por un camino de comodidad; es decir: puede ocurrir que como nací en un puerto y he vivido siempre cerca del mar, tienda a escribir sobre este paisaje; pero esto genera una comodidad en la escritura y puede convertirla

en superficie vacía; hay que tener esto pendiente para detenerlo a tiempo. Aunque se diversifique la temática, siempre se escribirá sobre lo mismo: la muerte, el paisaje, el amor, la amistad, la vida… pero si esto ocurre con la atención debida, con la conciencia bien plantada en la tierra, en la página y en el lenguaje, es mucho mejor a que ocurra de forma mecánica o, peor aún, por querer escribir sin importar que siga diciendo lo mismo por los siglos de los siglos.

◆◆◆

Cuando yo escribo un poema, sé que estoy esculpiendo imágenes que tratan de mostrar una verdad o un anhelo de verdad; por ello me centro, me concentro: el pensamiento y el espíritu, las emociones y la sangre, deben dirigirse hacia un núcleo de la realidad, ya vivida o por vivir, y registrarlo, indagarlo y al mismo tiempo traducir lo encontrado en palabras. Es casi imposible que escribas diciéndote: el primer verso debe ser una metáfora, aquí un símil, más allá… La poesía siempre está fuera del poema, nuestra tarea es que entre la mayor cantidad posible.

◆◆◆

ÚTERO DEMOCRÁTICO

El hogar sería el espacio donde la conformación de una personalidad democrática podría ser posible, el inicio múltiple de las relaciones sociales; es decir, el hogar como síntesis microscópica de todas las relaciones socioculturales y políticas que sostienen y reproducen la cultura actual.

La circulación de lo afectivo desde las bases solidarias de la familia estaría forjando una socialización según los valores democráticos. Si partimos del principio de que participamos y pertenecemos a una sociedad democrática, ¿por qué no vemos ese molde de personalidad multiplicado en los individuos? ¿Por qué los individuos no se constituyen ni se comportan como socios con intereses y objetivos comunes?

Las posibles respuestas no se encuentran solamente en las esferas políticas de la gobernabilidad. No se encuentran incubadas en los tejidos de la macrofísica del poder. Debemos sobre todo indagar en la infraestructura de la sociedad capitalista, pero cuando digo infraestructura no me estoy refiriendo a la base económica de la explotación del trabajo, sino a las relaciones íntimas y afectivas, a las relaciones eróticas y sexuales que constituye a los hogares.

Es preciso entonces que no se entienda aquí por sexualidad una práctica perversa, plena de prohibiciones que solo tiene como campo de su realización las alcobas de los amantes. La sexualidad es un concepto amplio, se entiende como una instancia politizada,

no privada ni asocial, es una plataforma de vínculos y diálogos económicos, culturales, personales, sociales, religiosos, morales y éticos, cuya premisa sería la producción social de identidades. En esta coyuntura histórica, a esas relaciones solidarias y afectivas de comprensión del otro se les llama, en el ámbito colectivo, democracia, pero aquellas relaciones pudieran tener otra adecuación en un tipo de sociedad diferente.

Las relaciones ideológicas y culturales que cada época histórica muestra como surgida de relaciones sociales extra-hogar se han configurado previamente en las relaciones intra-hogar, es lo que pudiéramos llamar un modo sexual de producción de identidades. ¿Por qué sexual? Porque en torno a la repartición de funciones según el sexo en el hogar se configuran las funciones contractuales de la sociedad como un todo.

Al menos esa fue la génesis de la sociedad moderna y esa es la que se fragua en los hornos de la posmodernidad que se caracteriza por la desintegración del modelo de familia que aún perdura de la cultura anterior, a través de la resurgencia formal de prácticas sexuales que antes eran silenciadas o no explotadas por el mercado, como los homosexuales, los transgéneros…, y la formación de un nuevo sujeto que tiende a dejar para sí todas las cargas eróticas que debería darle a la cultura y, por lo tanto, basa sus relaciones sociales en torno a la agresión y a la destrucción.

¿Por qué sexual? Porque cada persona sacrifica su energía libidinal para que las instituciones culturales sigan funcionando, esa energía se transforma luego en argumentos discursivos que

tienden a unir o aglutinar a las personas, es decir, en política. Podemos afirmar que desde los hogares surgen los modelos ideológicos y culturales que identifican a una época. Ahora bien, ¿por qué si toda la política se interesa por la consecución de una personalidad democrática ésta no termina de ser el lugar común de nuestro comportamiento?

Dije anteriormente que debemos indagar en el modelo familiar que sirve de fragua para el desarrollo de aquella personalidad; y al hacerlo, estaríamos buscando también las posibles respuestas que otras instituciones como la religión, la política, la economía, etc, nos podrían dar, ya que todo lo privado es público, todo lo externo es interno, todo lo psíquico es social y viceversa.

La religión interviene en el hogar dividiendo a la mujer y al hombre. La mujer se debate entre ser una buena esposa y una mala amante, es decir, entre complacer sexualmente al esposo y ser su puta privada o inhibirse de esto y ser profesional, madre, esposa servil y, por tanto, pecar lo menos posible en el hogar, ya que al tener hijos es la imagen de la pureza y la virtud que los padres deben mostrar: la sagrada familia.

Por su parte, el hombre tiende a conseguir para sí los signos que lo transforman en el macho de la horda moderna, dinero, sexo y poder. Válido para cualquier clase social, pues estos signos, en el caso de la pobreza, se convierten en modelos a conseguir, en virtudes que demarcan las carencias y en significantes que adquieren otras connotaciones y otras vías

para su realización. Todo esto lo lleva a no permanecer en el hogar mucho tiempo, lo convierten en un jefe nómada.

Estos tipos de personalidades son los que se "encuentran" sexualmente, estos son los seres que preparan la circulación de lo afectivo para que el molde logrado en el hogar pueda extenderse a esferas públicas y políticas más amplias. La religión, como vemos, cruza lo íntimo e interviene, al incubarse en el yo-cuerpo, en la conciencia-sujeto, en todas las demás esferas.

Sin embargo, actualmente conseguimos una reducción de sus resonancias, una debilidad como institución rectora de lo cultural. Pudiéramos ubicar el instante de esa fractura a principios del siglo pasado cuando el ser humano comienza a preguntarle a la divinidad por su eficacia en la solución de los problemas sociales.

Es cierto, los grandes ideales religiosos ya no forman parte activa en el desarrollo de la personalidad como lo fue hasta hace pocas décadas. Los mandatos colectivos estaban llamados a crear un carril por donde se enganchaban las personalidades. Solo la mujer consigue retener un poco de la prohibición religiosa cristiana y generalmente opera en el hogar como un vector de displacer, el hombre, acostumbrado a negar lo que lo niega huye del displacer porque allí no realiza sus intereses ni sus ideales.

Pero aún no hemos dicho todo. El hogar también tiene una existencia física. Ya hemos visto que las negaciones recaen mayormente en la mujer, mas, desde lo económico y

lo político se cierne una ruptura en el hogar al no permitir que la mayoría de la población pueda ser propietaria o hacer uso de una estructura física adecuada a la producción de la identidad democrática; y si partimos de la certeza de que esta sociedad es patriarcal en sus comandos de poder, entonces ya sabemos cuál es la función del hombre en y para el hogar.

Recapitulemos: en un hogar físico y moral quebrado e inadecuado, con relaciones sexuales que no logran superar los valores de la competencia ni las frustraciones producidas por la moral religiosa, con seres competitivos en sus roles, es decir, antagónicos y diferenciados, pero complementarios en la producción de la subjetividad democrática que actualmente tenemos y rechazamos o queremos perfeccionar.

Un hogar que establece relaciones con una cultura que reproduce las condiciones de la separación y la indiferencia aún en la convivencia, una cultura cuya institución religiosa fracasa en la conducción de los patrones de la personalidad colectiva; en un hogar así, es casi imposible que se pueda producir la personalidad democrática, que, debería no mostrar la división entre lo público y lo privado; debería mostrar la autenticidad del individuo.

Nótese que por momentos cambiamos individualidad o personalidad por subjetividad democrática. La distinción no es sólo semántica ni caprichosa. La primera, al fracasar,

extiende las condiciones para que la segunda surja. La personalidad sería la puesta en práctica de un conjunto de valores arraigados en los que prevalecería el nosotros del hogar sobre el yo-egoísta del capitalismo como sistema (en el campo de la política esto sería equivalente a la preponderancia de los intereses colectivos sobre los individuales).

La subjetividad estaría signada por una división de la personalidad en la que la ideología de la competencia, de la negación del otro, se encarna, cobra fuerza un nosotros formal, coartado en sus alcances, que funciona como espejismo o como una meta a ser alcanzada con la condición de que nunca sea alcanzada. Por ello, es de vital importancia que deslindemos todo lo que de mito tiene la democracia y tracemos objetivos educativos que penetren los hogares y los transformen.

◆◆◆

Índice

Prólogo 5
Autorretrato circunstancial de lugar 7
El secreto de los gatos 15
Cálculo y poesía 19
Carta a un poeta que no ha nacido 24
Exaltación de las manos 33
Breve tratado sobre las linternas 37
¿Qué se entiende por caucho? 46
El plano de Dios 48
Arqueología de los árboles 52
Las ollas 56
La banalidad de lo que sucede 60
Los secretos de las sillas 65
Comunicación y soledad 69
Series, moldes y fugas de producción 76
Carta a la muerte 82
Que trata de mi alma 86
Cuando yo escribo 91
Útero democrático 95



Arnaldo Jiménez (La Guaira, 1963). Poeta, narrador y ensayista. Es Licenciado en Educación, mención Ciencias Sociales por la Universidad de Carabobo (UC). Maestro de aula desde el 1991.

Entre otros reconocimientos ha recibido el Primer Premio en el Concurso Nacional de Cuentos Fantasmas y Aparecidos Clásicos de la Llanura (2002), Premio Nacional de las Artes Mayores (2005), Premio Nacional de Poesía Rafael María Baralt (2012), Premio Nacional de Poesía Stefania Mosca (2013), Premio Nacional de Poesía Bienal Vicente Gerbasi, (2014), Premio Nacional de Poesía Rafael Zárraga (2015). Su obra publicada sobrepasa ya los cincuenta libros dedicados a la poesía, cuentos y novelas, entre los cuales se encuentran: Deshabitados (2024), Álbum de mar (2021), 20 Juguetes para Emma (2021), Un circo para Sarah (2021), Breve tratado sobre las linternas (2016) y Chismarangá (2005).

El Arnaldo polígrafo se ha propuesto en Divagaciones, columna que viene publicando en ciudadvalencia.com.ve desde junio 2022, reflexionar sobre los diferentes asuntos que le han preocupado siempre como educador; así las cosas, puede rememorar y evaluar distintas experiencias vividas por él en el aula de clase, con los alumnos como principales protagonistas y destinatarios de sus afanes porque piensen, participen y sean mejores lectores.

Eso incluye también a sus colegas, quienes conforman un variopinto muestrario de tipos humanos, tantas veces desmotivado y sin mística, en detrimento de tanto potencial y ganas como traen los escolares, o peor aún, indiferentes a las crisis familiares de esos mismos muchachos y muchachas que se les acercan a diario en busca de ayuda.

Todo esto, por supuesto, involucra conceptos de significados tan vastos y complejos como historia, economía, sociedad, arte y, consecuentemente "cultura", que es hacia donde tienden, en sentido amplio, estas divagaciones de Arnaldo en pro de una educación más pertinente y comprometida en una Venezuela y en una Latinoamérica que se perciben con serias desventajas ante la irrupción de la Inteligencia Artificial y con una juventud desprevenida y embobada con sus celulares.

9 789808 168006

9 789808 168037